Antonio Ortuño

Esbirros

No busquen historias Disney ni fábulas morales en estas páginas. Acaban de tropezar con la contundencia y la fuerza de la mejor literatura mexicana.

Antonio Ortuño, en su libro más salvaje, navega entre la sátira y la ironía y nos obliga a asomarnos a la doble condición de víctimas y victimarios que llevamos marcada en la frente.

Unas veces nos oprimen y otras oprimimos en el juego de las relaciones y la amoralidad del poder. Esbirros todos: del jefe, del hermano, del policía, del asesino, cuando no de uno mismo. Somos amos, somos esclavos y compartimos la supervivencia y la caída de estos personajes, que nos asquean, aterran o alarman en la misma medida que nos reconocemos en ellos.

Antonio Ortuño

Esbirros

ePub r1.0
Titivillus 23.05.2023

Antonio Ortuño, 2021

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Olivia.
Para N. y J.

Esclavos levantarán catedrales
para que otros esclavos las incendien

Leonard Cohen

Hey babe, take a walk on the wild side

Lou Reed

NOTA LIMINAR

Recuerdo, allá en la adolescencia, viajar cada mañana a la escuela en un ruinoso autobús del transporte público. El vehículo solía ser abordado, a lo largo de la ruta, por todo un muestrario de pedigüeños. Unos estaban enfermos o, decían, recién mutilados, y solicitaban «una cooperación» para sus medicamentos. Otros, amenazantes, nos aseguraban que era mejor pedir «que andarlos asaltando». A algunos les daba por cantar. El más persistente entre esos últimos recurría a la misma pieza todas las veces: una copla donde se refería la historia de un padre borracho que golpeaba a su hijo (un niño pequeño) y lo mandaba a las calles a rogar limosnas para, con lo obtenido, comprar más alcohol. Previsiblemente, el final de la historia era trágico. El hijo volvía a casa de madrugada, con solo dos moneditas en la mano, pero su padre, sumergido en el sopor de la ebriedad, no lo escuchaba llamar a la puerta. El niño moría de «hambre y frío» y el borracho despertaba para encontrar el cuerpo, maldecir a su suerte y arrepentirse.

Por su condición hipócrita y predicadora, la coplita siempre me pareció repelente. Y quizá por haberla oído tan repetida es que me revientan las fábulas morales. Rebajar la literatura a los «enxiemplos» me parece, sin más, una forma de empobrecimiento. Sin embargo, debo aceptar, me fascinaba que el pordiosero, tan jeremiaco y destemplado, le sacara lágrimas y monedas a los más cándidos de ese auditorio ambulante que era el autobús. Porque lo que pretendía con su presunta enseñanza moral era, por supuesto, hacerlos caer en una trampa. Un predicador, lo sepa o no, es siempre un mentiroso. La vida es más compleja que las teorías y creencias que pretenden explicarla.

Los relatos de este libro (y, en general, los que he escrito) no pretenden operar el chantaje sentimental de aquellas coplas

gemebundas. Estos cuentos abordan las oscuridades del poder y la sumisión (que se encuentran en el empleo cotidiano, en la pareja y la familia, en las relaciones personales y la política) y exploran a quienes transitan por ellas, pero carecen de moraleja o, mejor, proponen unas «moralejas» delirantes, inciertas, autocanceladas. El narrador y el moralista podrán coincidir en la observación a detalle de las mezquindades y vilezas humanas, pero sus intenciones y procedimientos son muy distintos.

Ezra Pound (¿alguien lo descalificará como pensador literario por su siniestra biografía política?) describió este asunto en el ensayo «El artista serio»: «Tal y como en la medicina, en las artes existen el arte del diagnóstico y el arte de la cura. A uno se lo llama el culto de la fealdad y al otro el culto de la belleza. El culto de la belleza es higiene, así como lo son sol, aire, mar, lluvia y nadar en un lago. La sátira es la cirugía, las inserciones y las amputaciones. En arte, la belleza nos recuerda lo que vale la pena y la sátira nos recuerda que ciertas cosas no valen la pena. Nos lleva a pensar en el tiempo perdido».

Estos relatos confían, justamente, en que ambos procedimientos (por un lado: rigor, estilo, prosa; por el otro: observación, evisceración, perspectiva) sean posibles de forma simultánea. «El culto de la belleza y el trazado de la fealdad no están en oposición mutua», concluía, quizá demasiado optimista, Pound. Pero le creo.

AYER

HISTORIA DEL CADÍ, EL SIRVIENTE Y SU PERRO

He llegado a saber que hace tiempo, oh, afortunado Señor, vivía en la ciudad un cadí que, a fuerza de ser útil a los propósitos del visir, había conseguido hacerse de una fortuna. Tenía ese cadí un sirviente y ese sirviente un perro. Habitaban los tres una gran casa, con caballerizas, patios y fuentes, a la que acudían los habitantes del barrio de los artesanos en busca de justicia.

Eran, cadí, sirviente y perro, muy requeridos. Al cadí lo solicitaban los artesanos, sus esposas e hijos y hasta los poetas del rumbo para mediar en sus disputas lo mismo que para aconsejarlos e instruirlos. Poca sabiduría, si alguna, poseía el juez, pero amplio era el lugar que ocupaba en el corazón del visir, así que se acostumbraba a fingir ante él, ya fueran sus veredictos disparatados o sensatos, un palmario asombro ante su tino y pertinencia. Al sirviente, un esclavo comprado en el bazar de modo azaroso (pero no hay azar sino Voluntad Altísima, oh, afortunado Señor), apenas se le conocía fuera del tribunal, pero el cadí dependía de modo absoluto de él. Pues no siendo su ingenio y maña suficientes como para escribir sus propias sentencias, sino apenas para recitarlas ante los demandantes, debía el siervo arremangarse y escribirlas como le dictaban sus propias y cortas luces o, aún mejor, según la dirección de los intereses que sabía propicios a su amo.

Más embrollada era la situación del perro, en tiempos un simple chucho de callejón, pequeño y sucio, que se había visto exaltado a líder de los canes del barrio luego de su adopción por el sirviente. Quería ese perro ser diferente de los demás. Sentía, desde que dejó de roer las sobras y retazos del callejón, que una energía a la vez rectora y liberadora lo propulsaba a grandes logros. Tenía ambiciosos planes y se afanaba por informar de ellos a sus

camaradas de especie.

—Mi amo, el cadí —decía el perro, a quien le placía omitir el hecho de que su verdadero patrono era el sirviente— está encargado de mantener la ley del visir. Y yo, a mi vez, resulto idóneo para hacer lo propio entre ustedes, pulguientos hermanos. Los conduciré y corregiré, ya que debo guiarlos hacia un futuro por demás espléndido.

Aunque muchos animales habían gobernado el vecindario canino gracias a su fiereza o tamaño, el perro del sirviente, en tiempos callejero, se había impuesto por medio de la teoría y la razón. Y así, como suele suceder, consiguió llegar más lejos que aquellos cuyos argumentos eran el colmillo y la garra. La baba, lo dijo el poeta, es arma de mayor alcance que la espada.

Sucedió entonces que el viejo visir murió y dos aspirantes a sucederlo comenzaron a pugnar en la ciudad. Ninguno era algo mejor que un zoquete de buena estirpe. Solo dos talentos poseían en abundancia: joyas para sobornar a los consejeros y milicianos para amedrentarlos. Buen conocedor de estas circunstancias, el cadí se apresuró a acercarse a los contendientes, ofreciéndoles lealtad y veinticinco hombres a caballo para reforzar su posición. El sirviente, que lo acompañaba a las reuniones que sobrevinieron, se aterraba ante la imprudencia del amo.

—Ay de mí, oh cadí: soy un pobre esclavo, tengo hijos pequeños y esposa en casa. Y cuando uno de los que luchan triunfe sobre el otro, sabrá que fuimos traicioneros y nos matará.

Y se golpeaba el pecho y se tiraba de los cabellos al decirlo.

El cadí, que podía adoptar una expresión de inteligencia cuando le convenía, lo reconfortó.

—Nada de eso, esbirro mío. Mucho me espanta que seas tú, bruto miedoso, quien redacte las sentencias que leo cada día ante los demandantes del barrio. No tienes un gramo de inteligencia y mira que te he instruido yo mismo. ¿No te das cuenta que cuando uno de los que ahora contiende salga triunfador, habrá resultado tan debilitado por la pelea que nos necesitará más que antes y no podrá resistirse a nuestro apoyo?

Pero demasiado miedo corroía al sirviente como para que estas palabras le sirvieran de consuelo. De noche, en su choza, mientras su esposa e hijos dormían, decíase:

—¿Y si el amo estuviera errado y termináramos acuchillados y arrojados a una zanja? ¿Será tal cosa posible?

Menos dudas sobre su papel en el mundo tenía el perro. Para demostrar que era diferente y superior a los demás, comenzó a rechazar la comida que el sirviente le echaba, toda carne y huesos, y a mascar tercamente el panizo de las gallinas. Alguno de sus pares osó burlarse, pero el can del sirviente lo amonestó.

—Ríes, infame, ya que tu miopía no te deja ver que me elevo por encima de ustedes. No soy más uno de aquellos que lametean lo mismo los huesos que las manos que se los arrojan. Soy algo distinto y mejor. Mastico granos como podría mascar piedras. ¡Ha llegado el tiempo de lo nuevo!

En ese momento, ella advirtió que se aproximaba el nuevo día y calló discretamente.

Pero cuando llegó la noche siguiente…

Ella dijo:

El cadí había prometido su apoyo a los dos aspirantes a la sucesión del visir. La ciudad se encontraba al borde de la guerra. Uno de los bandos había decidido utilizar un pabellón verde, puesto que los ojos de su líder eran de tal color, mientras el otro lo lucía negro, en honor a las tupidas cejas del propio. De ventanas y balcones pendían banderas y trapos con los colores del bando predilecto. Las milicias de unos y otros se hostilizaban por las esquinas y no era cosa rara que, luego de las reyertas, se revistieran de cadáveres las calles o que algún ciudadano fuera perseguido y atravesado por espadas si se corría el rumor de que apoyaba a un pretendiente distinto al de sus vecinos.

Sin embargo, el de los artesanos era un barrio de simpatías indefinidas y prueba de ello era que el cadí había mandado decorar la balconada de su casa con un trapo de tono parduzco, como si fuera negro desteñido, pero con brillos que podían ser interpretados como verdosos. Por más que se detuvieron a contemplarlo por horas, ninguno de los vecinos consiguió desvanecer el enigma. Esto causaba gran satisfacción al cadí, quien se daba pellizcos de gusto

en las mejillas, felicitándose por su astucia. Pero el siervo era dominado por el recelo y los asistentes al tribunal comenzaron a notarlo desaliñado, pálido y belicoso. Una mañana, de puro delirante, abofeteó a su mujer ante diversos testigos. El amo, avergonzado, a punto estuvo de entregarlo a la guardia.

—¡No comprendes, insensato, que tus llantos invitan a nuestros enemigos a acechar nuestras debilidades! ¡Que los demonios del infierno te monten y atornillen si no guardas silencio!

Entretanto, los esfuerzos del perro por emprender una revolución prosperaban. O eso creía él. Dedicaba parte de la mañana a diversos estudios (y se multiplicaba en lecciones de retórica, historia, estadística e, incluso, agotadoras prácticas de caminata bípeda) y ayudado por una hueste integrada por canes tan callejeros y anhelosos como él mismo, se aventuró a la redacción de una ley general que regiría a los animales de la ciudad.

—¡Riesgo! ¡Solo el riesgo nos llevará a la sabiduría! —amonestaba a sus fieles.

Pero sucedió que, tras semanas de hostilidades encubiertas o francas entre los habitantes de la ciudad, llegó un día a sus puertas un mensajero y, rodeado por hombres de armas y heraldos con trompetas, cruzó las callejuelas y acabó por aposentarse en la plaza central, a la que llenó con grandes fanfarrias. Portaba en la mano un pergamino decorado con la caligrafía propia de los escribas del gran Jalifa.

—Vengan todos, comerciantes, ladrones, estudiosos, farsantes, fieles e infieles. El Jalifa, harto de sus devaneos, ha tomado el conflicto de la urbe en sus manos y anuncia, por mi indigna persona, la decisión de quién ha de gobernarlos. Vengan y escuchen.

De entre el cortejo se escurrió un hombrecillo de barba recortada y turbante, al cual parecían quedarle flojos los ropajes, grande el caballo y desmesurado el cargo. El mensajero lo señaló con su bastón. Ambos sonreían. Allí estaba el nuevo visir.

Los ciudadanos se precipitaron a sus casas y arrancaron y quemaron los pabellones que anunciaban sus anteriores fidelidades. Poco tardaron los contendientes al puesto en ser llevados ante la presencia del enviado del gran Jalifa y de nada sirvieron sus gimoteos, sus promesas de lealtad y la entrega ladina de pergaminos

que enlistaban los nombres de quienes los apoyaron. Antes de que el sol recorriera una cuarta parte del cielo, ambos fueron desnudados, flagelados y decapitados y colgaron sus cuerpos en la balconada más alta de la ciudad.

—He aquí que los hombres han comenzado a comportarse como auténticos visionarios —tuvo a bien comentar el perro, quien esperaba la oportunidad de entrevistarse con el flamante visir y acordar con él (o mejor: imponerle) su ley de obligatoria observancia para los bichos y bestias locales.

Menos entusiasmados que el animal parecían el cadí y su siervo. Temblorosos desde el momento en que la noticia de la llegada del nuevo amo y la ejecución de los pretendientes llegó al tribunal, huyeron a ocultarse al fondo de la casa. Un millar de reproches cruzaron por la cabeza del servidor, pero este no se atrevió a expresarlos en voz alta y solo atinó a empotrarse en una despensa y lloriquear.

—Ay de mí y los míos. Por servir a un amo imbécil e inconstante, se acerca mi fin.

En ese momento, ella advirtió que se aproximaba el nuevo día y calló discretamente.

Pero cuando llegó la noche siguiente…

Ella dijo:

Con el paso de los días, ordenó el visir llevar ante su presencia a todos aquellos cuyos nombres figuraban en los listados de amigos de los ejecutados. Como el del cadí destacaba en ambos, se dispuso que fuera el primero en presentarse. Lo arrastraron diez guardias por la calle, mientras él, vestido con apresuradas ropas de noche, repasaba con mente febril las palabras que dirigiría al mandamás de la ciudad en busca de perdón. Fue metido al palacio por una puerta lateral. Lo condujeron ante el sitial de mando por pasillos henchidos de antorchas y gritos.

—Beso el suelo que pisa mi Señor —intentó decirle, coqueto, al visir. Un guardia lo pateó por la espalda y le aplastó el cuello contra el piso.

—Calla, cerdo. El visir es sordo desde niño. Nunca escuchó una palabra.

El cadí se incorporó, asombrado. Otra patada lo obligó a permanecer de rodillas. El visir, de pie ante él, sonrió. Dejó caer sus anchos pantalones al suelo, se diría que con sutileza. El cadí interrogó con cejas suplicantes a los guardias. Serios como los leones de roca que guardaban el palacio, ellos le indicaron que debía hacer lo que se le sugería.

—Muéstrale tu lealtad.

El cadí cerró los ojos y supo recordar lo que hacían las *kehbehs* de las esquinas cuando los clientes dejaban caer sus propios calzones.

De vuelta al hogar y luego de arrancarse las barbas y lavar su boca durante más de una hora con el agua de la fuente más pura del patio más limpio de la casa, el cadí hizo que se le trajera una garrafa de vino. El sirviente se apresuró a escanciarlo para él. Aterrado por el estado lampiño y miserable de su amo y tras mucho repostar copas y cavilar, se atrevió a elevar su voz de vasallo. Afuera, el perro ladraba como un poseso, quizá debido a la luna llena, o porque sus planes se acercaban a término.

—¿Qué te han hecho allá en el palacio, oh cadí?

Su amo lo miró con enormes ojos de loco. ¿Incluso ante aquella escoria su desgracia era evidente e inocultable? Tomó la daga que solía tener a mano para pelar manzanas o ayudarlo a descascarar nueces y apretó la hoja contra el cuello del esclavo.

—Arrodíllate, perro. Y muéstrame lealtad.

El cadí dejó caer sus pantalones. El servidor atinó a derrumbarse y a fuerza de jaloneos, maldiciones y patadas logró entender lo que de sus habilidades se esperaba.

Y en lo alto de una azotea, el perro, enardecido, ofrecía un discurso ante sus acólitos, que por decenas y llegados de todos los rincones del barrio de los artesanos se apeñuscaban a escucharlo.

—¡Ha llegado la hora, hermanos! ¡Está aquí! ¡Una era muere y otra despunta! ¡Iré al palacio cuando llegue el día y diré al nuevo señor de los hombres que habrá otras leyes para nosotras, las alimañas y bestias de esta ciudad! ¡No más huesos pulverulentos ni caricias de testa y oreja! ¡Seremos libres y distintos! ¡Seremos mejores!

Y sus huestes festejaban sus inflamaciones con toda clase de aullidos, ladridos, soplidos y lamentos.

Solitario, en el patio, el sirviente sollozaba. En un día cualquiera su paciencia habría sido mayor, pero aquella había sido una jornada aciaga y ya no conservaba tolerancia para la vocinglería general y mucho menos para el ulular de aquel perro sarnoso, al que en mala hora había sacado del arroyo y permitido medrar y enaltecerse.

De las caballerizas obtuvo una cuerda y un palo. Subió a las azoteas, arrancó al perro de su espontáneo estrado y lo remolcó al patio. Y como el can siguiera ladrándole (intentaba explicar que se le esperaba en el palacio y no tenía tiempo para asuntos coloquiales y mediocres), lo golpeó en el hocico y las costillas, lo echó a la calle y lo dejó amarrado, a su suerte, en un árbol seco.

Los animales se habían entregado a la fuga en cuanto su líder fue capturado y ya no quedaba rastro de la manada que seguía, minutos antes, el menor de los movimientos de aquellas patas, ahora casi exánimes. Apenas un par de mastines gordos de la casa vecina se avinieron a aproximarse al caído, precavidos y un poco irónicos. El perro les habló con un suspiro que se escurría hacia la nada.

—Apenas me reponga un poco, seguiré con la campaña. Me esperan en palacio. Haré cimbrar la ciudad. El mismo Jalifa habrá de arrepentirse.

La cuerda lo ahogaba.

—Tendrán que oírme. Tendrán que.

Alcanzó a emitir un chillido. Una de las bestias se le había adosado y lo montó, con repentina y despreocupada lascivia.

—¡Eso no! ¡Mi valor está en otra parte! ¡En otra parte!

Pero Aquel que conoce la auténtica valía de las cosas no permitió que siguiera lamentándose.

La paz y la mano que hacen el silencio, oh, afortunado Señor, sean con Él.

ESCRIBA

Buenas noches. La noticia de hoy es que el Señor ordenó carne para la cena. Una carne prohibida por la religión de sus abuelos, pero que tendremos que ponerle en el plato porque él no cree lo mismo que ellos o lo hace de un modo menos enfático (tampoco ha respetado el lecho de la Señora como los dogmas indican, pero no entraré en habladurías).

Los hijos del Señor, al ver el menú, nos mostrarán las lenguas, lo sabemos, porque la carne no es de su agrado. Suaves y lánguidos, embarnecidos a fuerza de potaje de garbanzo y sesiones de gimnasia, dicen que no mancharán sus bocas y tripas con carroña de animal. Me contentaré con los trozos que desechen. Tienen, esos despojos, un sabor sumamente delicado y me complace deglutirlos, queridos amigos. Me enloquece.

Debo aceptar que he escrito casi todo el párrafo precedente al dictado de uno de los hijos del Señor. El mayor de ellos. Porque heredará su posición y propiedades, pero se encuentra particularmente interesado en que no se le relacione con la monda bestialidad de su padre. Él, me señala, a diferencia del Señor, ha estudiado los textos antiguos, no consume carne de animal, no ha profanado el lecho de su propia mujer (insiste), ni aceptará, siquiera, ser reconocido como Señor cuando su padre falte y los vasallos miremos hacia él en busca de orden (nos mandará, sí, pero habremos de nombrarlo con otras palabras, y ya sueña con hacerse llamar Primer Compañero o, simplemente, Hermano Mayor). La parte final del párrafo, esa en la que me complazco en destacar mi gula por la carne rechazada, me fue sugerida (y, por tanto, ordenada) por el hijo menor, quien considera a su propio hermano demasiado blando en las medidas de distanciamiento con el patriarca y quien, como sabe que no ha de heredar nada más que alguna mansión y no el poder, aspira, antes que otra cosa en el

mundo, a ser considerado un insolente, un insubordinado. Tampoco es afecto a la carne, el menor, y no puede serle desleal a una mujer puesto que no ha contraído matrimonio con ninguna. Sus amigos son artistas, cortesanos, prostitutas, y él, establece, se esfuerza en ser considerado un tipo común, ordinario.

El Señor me pide que agregue aquí una nota en la que explique que no le resultará sencillo, al menor de sus vástagos, ser confundido con un cualquiera, como tanto quisiera, dado su apego a los ropajes ostentosos, las joyas extravagantes y la sostenida compañía de miserables que tan solo toleran a ese gusano aristócrata malnacido porque les paga el vino y la hierba para las pipas, y debo transcribirlo tal cual, porque temo que se me golpee y se me envíe a una celda si no lo hago. Por lo tanto, este es un buen momento, también, para señalar que, a diferencia de lo que sucede con el menor, en quien no ha depositado esperanza alguna para la salvaguarda de su heredad, el Señor declara una rotunda decepción por los dichos de su primogénito, de quien espera un proceder distinto si es que aspira a obtener la gloria a la que está llamado.

El Señor parece una fiera huida de un jardín zoológico cuando sus hijos lo hacen enfurecer. Esto lo he escrito a petición del mayor, quien, pese al disgusto que le provocan las reconvenciones de su padre, me ha traído unas manzanas todavía comestibles y un poco de jabón. Deseoso de ser igualmente obedecido, el menor me ha proporcionado una botella de vino y algo de hierba. Mi posición en la casa no me permite hacer uso de tales obsequios, pero me las arreglaré para que me sean comprados a buen precio por alguno de los servidores de rango más bajo que el mío. A cambio de esa ganancia inesperada, debo asentar que el Señor es un cerdo vil, que hace años que tiene a la Señora en el abandono pero se entretiene sodomizando cabras, puercos, reclutas de la Armada y servidores de rango menor. Yo mismo he sido víctima de sus soeces e indebidos apetitos. Me ha sido prometida una botella adicional por escribir la frase anterior.

Tiene gracia, dice el Señor, que venga a acusarlo de acciones tan reprensibles un entregado cultor de las visitas forzosas a traseros ajenos como su vástago. He de ser más claro aún, a riesgo de que se me golpee o se me violente con un tenedor o un jarrón de porcelana: el Señor piensa que el menor es un sodomita rastrero y

añade a sus acusaciones, incluso, la posibilidad de que en sus escarceos la parte pasiva sea la suya (y salva sea la parte). En cuanto a su hijo mayor, aclara que no ve la necesidad de responder insultos ni entrar en polémicas. Es claro que lo único que consigue al negar su ansia por el Señorío es demostrar lo inconmensurable de sus anhelos.

Así que el viejo cree, realmente, que soy un perro, que soy como él, repone el primogénito, quien acude a monitorear el estado que guarda este escrito y me obsequia, de paso, una mano de plátanos. Pero yo no tengo necesidad de sentarme en su silla, contar sus monedas o explotar sus tierras. No discutiré más. Que no soy como él lo sabrá la gente cuando mi padre falte y se voltee hacia mí en espera de orden (que sabré imponer). ¿Primer Compañero o Hermano Mayor? Aún no lo resuelvo.

El hermano menor me ha traído una prostituta y pide, a cambio de que la mujer acceda a cometer conmigo un listado de suciedades planeadas por el contratista (y ante su atenta mirada), que exprese aquí que el Señor no es más que un impotente y que haría bien en meterse por el culo la mano de plátanos que el hermano mayor me ha obsequiado (y que, temeroso yo de que se vea involucrada en este disenso, oculto bajo mi camastro).

El Señor se ha reído, agitándose como una montaña aquejada por una avalancha, al verme junto al cuerpo sudoroso de la ramera, y no ha perdido el humor ante las frases del más joven de sus retoños. Echa a la mujer de mi habitáculo de una artera patada y me levanta del jergón tirándome de los pelos, con unos modos que habrían hecho quejarse a más de un escriba pretérito (cuya fugacidad en el cargo y la misma existencia física puede que se hayan debido a tan aventurados reparos). Vayamos a cenar, puerco, me berrea el Señor en la oreja y debo seguirlo pasillo arriba, vistiéndome por el camino.

Nos topamos con el primogénito a la entrada del salón comedor. Se saludan los dos, inclinan las cabezas y se estrechan en un abrazo que el heredero extiende hacia mí al emplear su mano derecha para hacerme una vaga caricia en el mentón. Me siento bendecido. Eso me ha sido dictado.

La carne se sirve en grandes platones. El Señor se inclina a devorarla y ordena a la Señora, silenciosa y pálida a su lado, que lo

acompañe. Se arrebatan ambos los huesos y los roen y chupetean con deleite. Hay placer allí. El heredero, con un aspaviento mínimo, cuchichea que por evitarle espectáculos así de primarios es que no invita a su propia esposa a las cenas familiares. Hace que le sea retirado el plato de carne y en su lugar ingiere un tazón de garbanzo y una ensalada confeccionada con los vegetales que nuestra más reciente incursión a las granjas de las comarcas vecinas ha logrado enajenar. Los músicos y el generoso escanciado de vino consiguen que se instale en el salón una atmósfera expansiva, generosa.

Cuando el menor aparece, con ropas brillantes pero manchadas y la sonrisa torva y amplísima, su padre se levanta y rodea el perímetro de la mesa para darle un abrazo y un coscorrón admonitorio. Hay que traer a toda prisa otra ración de garbanzo y vegetales (y me veo obligado a anotar en el libro de las cuentas la necesidad de ejecutar una incursión que resurta lo que ha sido cocinado y servido esta noche).

Antes de retirarme, observo al pequeño: mira el abierto escote de la Señora y arriesga hacia ella gestos que incluyen el uso de la lengua y los dedos cordiales y una torrencial abundancia de saliva. No, no hay motivo de escándalo: pese a que el protocolo establece que sea llamada por ellos Madre, la Señora no parió a ninguno de los dos. Es una chica robada de una granja y entregada como tributo al Señor para su mero regocijo. El cadáver de la madre auténtica fue devorada por los perros hace años, junto con el del escriba que accedió a consignar sus envenenadas palabras contra el Señor (¡Ay de aquel que ose desafiarlo!).

A punto de perderme por el corredor, un grito me hace volver sobre mis pasos. El Señor me indica que tome algunos trozos de la carne despreciada por sus hijos, que me apresuro a esconder en mi camisa, y que lameré más tarde con fruición de perra. Me ha sido indicado que lo escriba de esa manera. Mientras salgo otra vez, el menor se pone de pie y propone un brindis a mi salud. Tu honradez, escriba, es motivo de festejo y tu ecuanimidad está a salvo de toda duda; me demanda que lo anote con esas palabras y yo, naturalmente, lo hago.

Ha sido este, sin duda, un día extraordinario, que quedará en los anales de la familia. Me fue ordenado que lo exponga así.

HOY

EL HORÓSCOPO DICE

I

Mi padre no es querido en el barrio. Los policías asoman por la casa cada lunes o martes y lo miran beber su cerveza, sentado en la mecedora del minúsculo rectángulo de cemento que antes fue un jardincito exterior. Los vecinos no poseen un enrejado que los guarde, pero nosotros sí. Mi padre bebe en la calle, lo que es un delito perseguido por aquí con una severidad digna de crímenes mayores. Pero los policías no pueden cruzar el enrejado y detenerlo sin una orden judicial. Y aunque se enfadan, tienen que conformarse y mirarlo allí, sentado, con su cerveza y su desprecio.

La relación que llevo con mi padre tampoco es buena. Mi madre ya murió y yo debo hacer el trabajo de la casa, pues él está educado para no tocar una escoba y yo, en cambio, parece que nací para manejarla. Cuando termino de barrer, sacudir, trapear e higienizar los baños y la cocina (lavar la ropa toca los jueves y lunes) debo vestir mi overol y caminar a la fábrica. Fui una alumna tan destacada que conseguí un empleo apenas presenté mi solicitud, pero no una tan brillante como para obtener una beca y seguir con los estudios. Trabajo en una línea de ensamblaje entre las tres de la tarde y las diez de la noche, junto con otras decenas como yo, indistinguibles de mí. Vistas desde arriba, a través de la ventanilla de la oficina de supervisión, debemos parecer incansables, las doscientas cincuenta o trescientas que formamos las quince líneas fabriles simultáneas de los diferentes turnos.

Otra de mis fortunas (no me gusta quejarme: le dejo eso a los periódicos) es que mi camino de regreso al hogar resulta muy simple. Once calles en línea recta separan mi casa de la fábrica. Algunas de mis compañeras, en cambio, abordan dos o tres

autobuses y transitan luego por brechas enlodadas para volver.

Las calles cercanas a la fábrica solían ser oscuras, pero hoy las iluminan largas filas de lámparas municipales, que funcionan muy bien salvo cuando las hacen reventar a tiros. El patrullaje es permanente: durante el trayecto a mi puerta es posible contar hasta seis camionetas repletas de agentes. Van dos en los asientos delanteros y cuatro más arracimados en la caja del vehículo, con las piernas colgantes y los rifles al hombro.

Los periódicos se quejan. Dicen que el barrio es una vergüenza y lo comparan con los suaves fraccionamientos del otro lado de la ciudad. Es cierto: aquí no hay bardas ni jardines. Nosotros tuvimos uno, diminuto, que ahora yace sepultado bajo el cemento y que mi padre utiliza como salita de estar mientras bebe. Mira pasar a la gente de día, y de noche, cuando nadie se atreve a salir, espera mi regreso. O eso creo. A veces no está allí cuando llego y solo aparece un rato después, botella en mano.

Sobran los riesgos y no: no se trata de mentiras de la prensa, como sostienen los vecinos. Muchas compañeras, y nunca se ha podido saber con precisión cuántas, se van, pero jamás vuelven a la fábrica. Algunas porque se cansan de la mala paga o la ruda labor, suponemos. Otras, porque unos desconocidos las arrebatan de las calles cercanas a la planta. Dicho de ese modo, suena como esos artículos del periódico en los que se quejan de la aparición de otro y otro y otro y otro y otro y otro y otro cuerpo. Los acompañan fotografías en donde las muertas parecen juguetes. Así debemos vernos todas: como muñecas rotas. A veces jugamos a ensamblar muñecas (acá la cabeza, los brazos, acá piernas y ropa) y a veces, como muñecas, somos desarmadas. No: en realidad ensamblamos circuitos y la línea de muñecas cerró ya hace años, por falta de mercado. Pero recorté un artículo que lo asegura, porque me gustó su forma de mentir. Como si tuviera algún sentido lo que sucede, como si fuéramos algo que pudiera ser descrito.

El artículo fue publicado hace año y medio, por la época en que el patrullaje era mayor y las desapariciones (y los hallazgos de cuerpos), más frecuentes. Ahora han disminuido, aunque nunca se extinguen del todo. Es algo como lo que sucede con esas parejas que aún se meten mano, de vez en cuando, si él bebió o ella está aburrida. Eso lo leí en otro artículo, desplegado en una sección que,

en vez de cuerpos muertos, luce los de mujeres vivas y hermosas. Lo que no soporto son los crucigramas. De todos modos no podría resolverlos, porque mi padre se precipita sobre cada periódico que llega a la casa y los agota en cosa de minutos, sin tachones ni dudas. Como si las palabras cupieran en el cuadriculado sin importar su correspondencia con la realidad. O podría ser que fingiera. Nunca me he detenido a revisárselos.

No suelo pasear: camino rauda y sin distracciones. Y no volteo si alguno de los policías, arriba de sus camionetas, me llama. Las mujeres de la fábrica se hacen sus amigas y novias (es decir, se meten con ellos a los callejones y se deslizan sus miembros a la boca) en busca de escolta y protección, pero yo no tengo intenciones de revolcarme con uno ni necesito que me sigan hasta mi puerta. A mi padre no le gustaría verme llegar con un policía.

Los periódicos se quejan de todo pero, como pasa a veces con la gente habladora, en medio del parloteo llegan a referir cosas útiles. Por ejemplo, tengo acá un artículo en el que informan que nuestra fábrica es un negocio tan malo que resulta inexplicable que su dueño la mantenga funcionando. No ha generado beneficios en ocho años y reporta pérdidas en todos los estados financieros. Incluso los recaudadores de impuestos se han vuelto laxos en sus revisiones, porque el dueño es amigo de un diputado y en el gobierno saben que esto no da dinero. Nos dejan en paz.

Otro problema de mi barrio, leo, es que han asesinado a cinco policías en lo que llevamos del año. El periódico, que repite los dichos del Ayuntamiento, supone que los agentes son abatidos por los mismos desconocidos que secuestran y desechan los cuerpos de mis compañeras. Pero cómo confiar en un diario que, luego de asestar esa información, secunda sin parpadear las imaginaciones del redactor encargado de los horóscopos. El de acuario, hoy, establece esto: *Te sentirás inusualmente sintonizada con tu pareja; aprovecha para decirle eso que te incomoda*.

Mi pareja, que no existe, tendría que ser muy paciente: trabajo en la fábrica de lunes a sábado y en la casa nunca acaba la labor. Y, lo he dicho, a mi padre le disgustaría verme llegar de la mano con alguien. Sobre todo, me parece, si fuera un policía y tuviera que meterme con él a los callejones y chuparlo.

Ahora me doy cuenta de que termino diciéndole esto a nadie y

me irrito. Otro triunfo para el horóscopo.

II

Salgo, de noche, con otras cincuenta, las que trabajamos en las líneas A,
B y C.
Somos relevadas por cincuenta más, idénticas. A pocas les conocemos la cara, porque debemos utilizar redes para el cabello y mascarillas de seguridad y no resulta cómodo quitarlas y ponerlas en su sitio cada vez, así que acostumbramos a dejarlas allí, tapándonos.

Hace tres días que el mismo agente, de pie en la esquina más alejada de la puerta de la planta, justo donde comienza el camino de regreso a casa, me da las buenas noches. Es un tipo feo incluso entre los de su especie, pero procura mostrarse amable. Le sonrío sin responder, y sé que por esa ventana mínima que le abro, vuelve.

Sus compañeros, con las piernas colgando en la caja de la camioneta, se ríen. «No se te hace ni con la gata más pinche», le dijeron el tercer o cuarto día. No pienses, policía, que lo de la *gata* me ofende. Me agravia, en todo caso, que existas. No llego a decirlo pero la frase me campanillea en la mente. La camioneta acompaña mi regreso pero se detiene en la esquina antes de casa. El agente feo, de pie en la caja, me ve alejarme y me identifica como la hija del borracho del enrejado. Qué vergüenza. Los otros vuelven a burlarse de él. Pero el tipo habrá pasado humillaciones peores: es realmente feo.

Una muchacha nueva, me parece que algo más joven que el resto, llega a la fábrica. Dice conocerme. Vive en una de las apretadas casas al otro lado de mi calle: ha visto a mi padre beber como un buitre, en su mecedora, desde que era pequeña. Lee los periódicos tanto como yo, aunque evita las noticias del barrio y se concentra en las que ofrecen explicaciones para los problemas de cama de hombres, mujeres y gatas. No: aún no puedo creer que esos hijos de puta me dijeran gata en la cara, sin parpadear.

Caminamos juntas de regreso, inevitablemente, como si la

hubieran colocado en mi horario para obligarme a intimar con ella. El policía feo parece interesarse por la vecina cuando la descubre a mi lado. Se sonríen los dos. Yo la animo, en las jornadas de ensamblaje, a sostenerle la mirada y acercarse. Me esperanza la idea de que se gusten.

Éxito: consigo librarme de mi compañera de ruta apenas se decide a conversar con el feo. Ella es linda y acuerpada, y los colegas del agente gruñen cuando la ven pasar, resentidos en vez de burlescos. Yo no tengo ojos para ellos, solo para las calles que recorro día y noche. No me preocupan. Nunca me colaré a un callejón para lamer, agradecida, a un protector.

Dice el horóscopo que debo cuidarme de murmuraciones. Y agrega, el diario, en otra sección, un aviso: en vista de que el número de crímenes en este área ha disminuido hasta un nueve punto dos por ciento en el último bimestre, se reducirá en la misma proporción el patrullaje policial. Que me expliquen cómo descontarán el decimal, amigos. Si pudiera calcularlo, me digo, a lo mejor habría conseguido una beca. Y ahora sería una lumbrera y escribiría los horóscopos del diario.

Mi vecina aprovecha nuestra cercanía en la línea de ensamblado para narrarme sus manoseos y lameteos con el policía. La fealdad del tipo parece entusiasmarla. La hace sentir deslumbrante. Incluso el periódico ha bendecido sus apetitos: en la sección con las fotografías de las bellas medio desnudas recomiendan a las lectoras buscarse novios horrendos y apasionados, porque nunca habrán de abandonarlas.

Lo siguiente no debió ocurrir. Ella pudo quedarse con su hombre y permitirme caminar sola, pero en vez de ello se citó con él más tarde, en su casa, para presentarlo ante la familia, y al salir del turno insiste en acompañarme por las calles. En el trayecto me machaca lo maravilloso de su futuro. Todo les saldrá perfecto, serán muy felices, él va a pedir su cambio a guardia nocturno de un centro comercial y los alejará de los peligros. Así que no les agrada el barrio, musito, casi indignada. A nadie, vecina, a nadie. Pero a la gata le gusta, pienso.

Una camioneta muy sospechosa sale detrás de una esquina plena de luz y se detiene allí, al final de la calle. Es negra, no tiene placa ni insignias, y lleva los vidrios levantados. Nos detenemos y sus

faros nos saludan encendiéndose y apagándose. Ella se pone pálida. Debe imaginarse ya hendida, en una zanja, y alejada para siempre de su amante feo, de su overol de trabajo y hasta de mí. Me toma de un brazo, tiembla. Yo no padecería este miedo si estuviera sola. No volveré a caminar con esta pendeja, me digo. De la parálisis nos salva la luz de una torreta. Por la calle avanza una patrulla. Y la camioneta sospechosa, lenta como las nubes, se marcha.

Evito responderle a la vecina al día siguiente, en la fábrica, cuando vuelve al tema de lo que pasó ayer. Le recomiendo que recurra a su novio y me deje volver sola, como sé, como me gusta. Se resiste. Dice, no sé anclada en qué datos, que al caminar juntas correremos menos peligro. Ya es suficiente: debo echarla de mi lado. Tu puto novio me dijo gata y quiso que se la mamara. Chingas a tu madre tú y él igual. Ni me hables, pendeja. Todo eso escupo y la espanto lo suficiente como para alejarla. Al fin.

Unos días después veo, a la salida del trabajo, que el feo le entrega una canasta con flores y unos globos. Hay abrazos y algún aplauso. Se muda con él, anuncian, y se irá de la fábrica. El alivio hace que las rodillas me tiemblen y mis muslos suden, como si la tibia orina de la niñez escurriera otra vez por ellos.

El periódico, ladino, calcula que el número de policías en el barrio podría haber bajado no tanto por la disminución de crímenes, sino por el motivo contrario: lo crímenes habrían bajado en la misma medida que lo hacía el número de policías. Me doy cuenta de que, asombrosamente, mi padre no concluyó el crucigrama esta vez. La receta del día: ensalada de pollo con salsa de soya. Luce deliciosa.

La camioneta sospechosa viene hacia mí. Es el mejor lugar posible para un asalto, a mitad del camino entre la fábrica y la casa, en un cruce de calles en donde nadie vive y subsisten pocos negocios, cerrados todos a esta hora. El vehículo me rebasa pero se detiene adelante, aguardándome. Como no avanzo (para qué precipitarse), bajan de él dos hombres. Visten ropas de calle. Son el feo y un compañero, distingo, un sujeto que se reía de mí más que los otros. Pero ahora sus expresiones son de perfecta seriedad. Nada de diversión, aquí.

Su rodillazo me dobla y su patada me derriba. No puedo oponerme, ningún objeto guardado en los bolsillos de mi overol o

en mi pequeña mochila puede ser utilizado como arma defensiva. Me jalan a la camioneta y debo pesarles en exceso, porque no es un movimiento limpio, sino uno lastimoso y torpe el que hacemos en conjunto. Logro sujetarme de un poste para retenerlos. Es obvio que no saben ejecutar esto tan bien como se supondría.

Pero, claro, el auténtico experto de estas calles ya está aquí. Ellos no lo ven ni lo esperan, pero el crujido que escucho, mientras tironean de mis pies y me patean las costillas, son las botas y el arma del experto. Cierro los ojos porque me duele, porque no disfruto esto ni me divierte cuando sucede. Los tiros no son estruendosos; apenas unos ecos sofocados por el impacto en la carne.

Sudo. Me arde el estómago, mi boca se abre y jala aire, todo el aire. Me arrastro al poste y, apretándome contra él, consigo incorporarme. Siento náuseas. Me hicieron daño. Es el feo al primero que observo. Tiene el pecho abierto por un agujero grande como una mano y sangra entre las ingles. Su compañero luce un boquete negro en el ojo derecho y las entrañas se le escapan del vientre. Van de paisanos, sin uniformes. Pero los contarán como policías muertos, al final.

Conservo las fuerzas necesarias para escupirles a ambos y devolverles las patadas. Pero este dolor en las costillas, lo temo, me perseguirá un mes. Escucho un jadeo. El feo vive aún, descubro, y arrastrándose como un caracol trata de escurrirse. Mira a la pinche gata, le digo, mírala. Vuelven a dispararle. Cierro los ojos. Una mano me toma del hombro, me obliga a volverme. Es el experto. Vámonos, pues, a la verga, dice la voz.

Sí, papá.

Él me contempla con aspereza. Nos chingamos dos más, dice, y ahora van a volver las patrullas.

Lo sigo por calles vacías. Espero no haber tirado su periódico a la basura. ¿Querrá terminar el crucigrama?

TEMOR

Los niños temen la penumbra y a su inquietud le cuelgan careta de monstruo. Un engendro de garras negras que personifique la anticipación del dolor que es el miedo. A mi hermano le entusiasmaron los monstruos desde que tengo memoria. Por el contrario, sus sabandijas solo me interesaban cuando el Hércules en turno les cortaba la garganta. La gente nos decía que éramos muy diferentes y, a nuestras espaldas, rumoreaba que nos odiábamos. Y no sé si eso explique lo que sucedió con el ladrón, pero tendrá que ser que sí.

Yo había cumplido dieciocho años, que es edad perfecta para creer en un destino glorioso. Mi hermano ya tendría veintitantos, y su principal actividad era beber. Lo hacía casi todos los días, ir a los bares, meterse en problemas, volver a casa raspado y sucio como gato. Por mi lado, pasaba las tardes dedicado a oír música, con la cabeza sumergida entre las bocinas y una pila de discos.

Aquel día se salió del patrón. Sucedió en el instante en que la ventana de la cocina se rompió. No fue un crujido llamativo, o una explosión, sino un derrumbe cristalino, modesto. Pero al suceder en mitad de dos canciones, durante un mínimo paréntesis de silencio, percibí el quiebre sin dudarlo y brinqué del sofá. No podía ser culpa de mi hermano, supe de inmediato. Él sería una bestia, sí, pero no lo suficiente como para saltar a la azotea, descolgarse como un simio y fracturar el vidrio de la cocina en vez de tocar la puerta si no llevaba encima la llave. No: debía tratarse de un extraño. Y los extraños que saltan a tu patio nunca tienen buenas intenciones.

Apagué las luces (no la música, que conocía a detalle y ensordecería al invasor, pero no a mí) y me deslicé con pasos prudentes a mi habitación. Allí, entre los anaqueles de ropa, escondía el cuchillo. Había llegado a mis manos como regalo de una chica que no era ya mi novia, pero que me había agradecido con

esa hoja las tardes interminables que pasé concentrado en lamerla. Era un arma fea, de artesanía, que al ser afilada se deformó y cuyo mango se había aflojado en pocos meses, por lo que hubo que reforzarlo con una tira de cuero arrancada a una chamarra y unas vueltas de cinta industrial. Con tales remiendos parecía más la daga de un orco o la piedra dentada con que los aztecas les sacaban el corazón a sus vecinos que un arma noble. Pero, aun así, era toda mi defensa. La eché al bolsillo y regresé a la sala.

El ruidero de la música no me ocultó los pasos del intruso. Lo escuché allá, aún en la cocina y, supuse que estaría perdido en mitad de un cálculo: ¿le convendría aguardar hasta que diera con los habitantes de la casa o sería mejor aventurarse al ataque? Si su decisión era lanzarse a combatir, seguro que estaría armado con navaja o pistola. Pero si lo hacía con lentitud, medité, sería por temor, y su objetivo podría consistir, más bien, en meterse cualquier cosa de valor al bolsillo y escapar por el patio sin escándalos y antes de ser detectado.

La luz que se colaba por la ventana rota se vio nublada cuando el ladrón avanzó a una velocidad que podría calificarse de moderada, sin prisa y sin detenerse. Pero frente a él, aunque no lo supiera, me encontraba yo: un contrincante recargado de presagios. Cerré los ojos y apreté la empuñadura del cuchillo torcido. Mi boca quiso recordar la sal marina de los labios de mi exnovia.

El tipo no se esperaba la embestida. Salí de la sombra y le di dos tajos: uno en la mano, que le abrió la piel, y otro que no supe, en un principio, si solo había llegado a desgarrarle la camisa o si había tocado carne. Cuando el invasor se dobló sobre sí y rodó por los suelos, le caí a patadas. Intentó, con vocecita infantil, argüir razones que no entendí.

A los pocos segundos estaba yo sofocado y los miembros me temblaban. Detuve la paliza por miedo a perder el equilibrio y facilitar la reacción de mi rival. Pero el pobre diablo se había rendido. Logró arrastrarse pasillo abajo y se metió al baño pequeño, el de visitas. Recargó la espalda en el retrete. Su costado era carmesí y húmedo: mi hoja estaría chueca, pero mordía. Encendí la luz del pasillo, que lo alumbró. ¿Qué carajos? Era un total desconocido y tendría, acaso, mi edad. Flaco, desharrapado, convulso. Había sangre a su alrededor y los ojos se le escapaban de

las órbitas. Lo insulté. Él lloraba. «Me lo encargaron, me encargaron meterme, yo no quería, me dieron cien pesos». Esa fue su excusa. Pinche trabajito culero, lo consolé. Pero cuando retrocedí para mirar si había hecho más destrozos en la cocina, él jaló la puerta del bañito de visitas y se encerró.

Creo que nunca he sido tan consciente, como a aquella hora, del miedo. Mi hoja parchada cumplió su función en vez de caerse a pedazos, alcancé a pensar, pero podría haber fallado y causado mi derrota y mi caída. El miedo es un dardo que se te clava en el alma y te la envenena. El corazón me retumbaba en la mandíbula, mis sienes latían como oprimidas por tornillos.

Había echado el seguro de la puerta, el tipo. El forcejeo con la chapa no dio resultado. Tuve que suspirar. El intruso pasó, en un minuto, de peligro a molestia. Le pedí que saliera, le prometí que lo dejaría ir si me entregaba cualquier arma que pudiera llevar encima. Abriría la puerta principal a su paso, propuse, y hasta le indicaría cómo llegar al puesto de socorros médicos para que le revisaran la herida. Algo repeló, pero su vocecita diminuta y la precipitación de sus lloriqueos no me dejaron entender.

Yo estaba agotado y el fastidio por ser incapaz de resolver la situación crecía en mi mente. La boca se me secó. Fui por un vaso de agua. En la cocina no hallé más rastro del pillo que el vidrio roto y desperdigado por los suelos. A mi regreso, la puerta del baño seguía obstinadamente cerrada. No te mueras por un puto vidrio, le rogué, va a llegar mi hermano y aquí Lancelot soy yo. Él es otra cosa, ¿sabes? Sal. Es lo mejor que puedes hacer.

Debí explicarme un poco mejor.

Mi hermano llegó de la calle contento; incluso silbaba. Quitó el disco del reproductor sin parpadear: mi música y todo lo mío debía desaparecer a su llegada. Solo entonces me vio de pie ante la puerta del baño, notó la sangre en el mosaico y encorvó las cejas. No había bebido demasiado aquella noche. Su camisa no tenía los redondeles de sudor bajo las axilas que delataban sus borracheras.

Tuve que explicarle lo que había pasado, porque no había modo de ocultar el paso del intruso, la pelea, y su huida al baño. Él escuchaba atento como perro. Me arrebató el cuchillo de la mano (desconocía su existencia, pienso, hasta ese momento) y lo analizó sin afecto. Lo devolvió con una risita. «¿Con esta mierda te lo

chingaste? Seguro te lo dio la flaca». Se acercó, luego, a la cocina. Examinó la ventana quebrada y se asomó al patio.

Volvió con el martillo. Y no dudó. Con dos o tres golpes botó la cerradura del bañito de visitas. El muchachito estaba allí, claro: se abrazaba las rodillas, sucio de derrota, con unos manchones en el pantalón que debían ser orina. Recuerdo sus ojos helados y su mueca de toro manso cuando mi hermano blandió el martillo.

Preferí irme a la calle. Quería visitar a mi exnovia, besarla. Que mi hermano se burlara de sus piernas no debió ser motivo para irse. Y yo no debí permitirlo. El cuchillo que me regaló era barato y feo, pero gracias a él enfrenté al ladrón y salí victorioso.

Oí el primer grito ya en la banqueta. Luego vino el segundo. Caminé hasta donde dejaron de oírse los lamentos, unos veinte metros adelante. Pero volví sobre mis pasos para no perderme el aullido final. Necesitaba atesorarlo, retenerlo, alimentar mis rencores.

Algún día, cuando el miedo pasara, tomaría una espada, bajaría al pantano, y encararía mi aflicción. Su cabeza adornaría mi escudo de allí a la eternidad. Pero aquella noche no me tocaba ser héroe. Mi hermano fue quien salió retratado en los periódicos, con el cuerpo del bandido y una sonrisita en su careta de monstruo.

TIBURÓN

Sabes lo que dicen: en México mejor no levantes ni una piedra. El semicírculo de policías municipales es perfecto. Ordenados pájaros de alambre, niños en coro de templo, los agentes miran el agujero en el suelo, manos a la cintura y cabezas inclinadas a un lado y otro para enfocar el despedazadero.

Rodeado de brazos, piernas, huesos quebrados a la fuerza, Rosendo, el técnico forense, remueve la pala con lentitudes crecientes. Teme romper aquellas piezas rojas en fragmentos aún más pequeños. Al final asoma entre los altozanos y piedras una bola de pelos que es, cómo dudarlo, la cabeza. Los perros, las moscas, la gusanera, no se equivocan. El vecino que llamó a la patrulla lo supo. Rosendo apenas debió empeñarse diez minutos con la pala antes de que todo brotara.

Aldo Muñoz Cota, veintisiete años, un metro setenta centímetros de estatura, tez morena, cabello y ojos negros, mentón regular, complexión delgada, lunar oscuro en hombro derecho, tatuaje con forma de ave en antebrazo derecho, desapareció de su domicilio la mañana del 4 de octubre, tres hombres lo obligaron a subir a un automóvil sedán azul, sin placas. La fecha del reporte es borrosa, tanto como la imagen de un muchacho sonriente que lo decora. Han transcurrido al menos dos años desde que se lo llevaron.

Estudié con el Tiburón la primaria, la secundaria y parte de la prepa. Y hasta allí porque el Tiburón era un pendejo para las matemáticas, la historia, la física y el resto de los campos del conocimiento humano y no siguió luego de reprobar hasta la clase de deportes de tercer semestre. Nunca fuimos íntimos pero compartíamos afición por el mismo equipo en medio de una manada de traidores que apoyaba solamente a los campeones y

cambiaba de camisa cada verano. Nosotros no: permanecimos leales incluso cuando los socios vendieron y nuestro club paró en manos de un empresario imbécil que atribuía sus éxitos a la costumbre de no utilizar calcetines. «Así estoy cerca de la tierra», decía el asno. El Tiburón no volvió a la prepa pero a veces lo veía por el barrio, de visita en casa de sus tías. Su prima menor, Raquel, siempre silenciosa, siempre vestida con ropa demasiado seria para su edad, me parecía fascinante.

Irieri Quetzalli Méndez Pinto, diecinueve años, un metro con cincuenta y tres centímetros de estatura, tez morena, cabello oscuro, ojos marrones, complexión media, ninguna seña de identidad particular, embarazada de tres meses, desapareció un 11 de enero, regresaba de su trabajo como dependiente en un comercio y no llegó a su casa. Madre de dos niños, tres y cinco años. Sin esposo o compañero fijo conocido. La fotografía anexa es indistinta. El reporte tiene un año y ocho meses de emitido.

Las partes humanas son empacadas en bolsitas. Rosendo se obstina en que nadie lo ayude. Le consta que los agentes municipales no tienen el menor cuidado en la manipulación de restos. Lo que quieren es tomarse una foto con un dedo o pie y mostrársela a sus hijos. Y decir luego, con falsa cara compungida, está cabrona la cosa. El teléfono se convulsiona en su bolsillo pero Rosendo sigue y con ritmo desesperante, minucioso, cosecha cada pieza del cuerpo roto y la resguarda.

El Tiburón reapareció, luego de una ausencia de años, y ya bastante cambiado. Iba muy elegante, si aceptamos el amarillo canario como un color elegante. Se alegró cuando supo que el marido de Raquelita era yo: este pinche enano, siempre leal a los colores, dijo, y me abrazó. Estaba ebrio y eso que el almuerzo de primera comunión de Juan Pedro, nuestro sobrino en común, se estaba celebrando a las once de la mañana. Pese a que su nombre era susurrado como el de una enfermedad venérea entre mesa y mesa, el espaldarazo del Tiburón hizo crecer mi figura ante los ojos de la familia política. Nunca más sería el contadorcito que se había ligado a Raquel. Ahora era el amigo del Tibu. También a mi mujer,

con todo y lo que detestaba a su primo, debió llegarle alto la espuma del orgullo, porque al segundo trago me repegó el muslo en la rodilla y más tarde, cuando volvimos a la mesa luego de bailar un par de canciones, se sentó sobre mi mano, se rio bajito y tardó una hora en moverse. El Tiburón no cruzó más palabra conmigo esa mañana. Cuando sirvieron las tostadas y las flautas se despidió de la abuela, solo de ella, y se fue.

Jonathan Luna Miranda, veintidós años, un metro y setenta y nueve centímetros de estatura, tez clara, cabello castaño, ojos marrones, complexión delgada, estudiante de último año de medicina, destacado en la sierra como parte del programa de servicio social universitario, desapareció el 2 de marzo del módulo de atención médica en que laboraba; los vecinos lo vieron recibir a unos tipos heridos pero una camioneta con hombres no identificados con armas largas llegó poco después y cargó con todos. El retrato es el de un tipo alegre, atractivo. El reporte tiene casi un año de antigüedad.

Rosendo se bebe una cocacola en el estacionamiento del puesto de socorros. Los municipales salen en tropel y lo alcanzan. Seguro ya se tomaron sus fotografías, y los piensa así, sonrientes, con los restos. Le dan palmadas en la espalda. Se la rifó, compa, le dicen, qué güevotes. Uno de ellos se detiene cuando el resto emprende el camino hacia las camionetas. Oiga, compa, esto va por un jale bien hecho. Le extiende el rollo de billetes. Para que lo siga haciendo bien, como ahora y nos llame a nosotros primero. A Rosendo se le pega la lengua al paladar. Agarra el dinero y agacha la mirada. Acepta que el policía le haga una caricia en el cabello como si fuera un perro.

El transporte de la empresa me dejó en el edificio a las siete quince de la noche. Una hora muy razonable. El conserje estaba embebido en el juego de futbol del televisor y no me dio las buenas noches cuando pasé. La vecina del dieciséis C me ignoró durante los dos minutos de elevador, concentrada en la pantalla de su teléfono. Era una mujer arrugada y nerviosa, su esposo se había esfumado de la tierra hacía un par de años. Eso, al menos, contaban otras

vecinas. Procuré mirarme los pies y salí a mi piso, el quince, con precipitación. La vecina volteó entonces, justo antes de que el elevador volviera a cerrarse, y sonrió. El perro se me abalanzó en cuanto abrí la puerta. Detrás venía la niña, a la que levanté por los aires e hice girar hasta colocármela en los hombros. Los condominios tenían los techos bastante altos para pertenecer a un multifamiliar y eso nos convenció de comprar allí. Raquel estaba desmaquillándose y tuve que esperar a que terminara antes de besarla. Cómo te fue. Mal. Otra vez llevan horas con el radio a todo volumen y los gritos. Aquí al lado. ¿Los nuevos? Ellos.

Le pasan el reporte a las tres quince de la mañana. Ya es viernes. A las ocho quedará libre, piensa, y se irá de fin de semana. Guadalupe, la doctora bajita del área de servicios médicos, lo invitó a su casa. Lo menos que quiere Rosendo es que algo se atraviese. Los llama, tal y como se comprometió, e insiste en que le pasen el recado al jefe aunque sabe que no está de servicio a esa hora. Su actitud servicial es reconocida por el primero de los municipales, que llega al agujero media hora después. Con usted se trabaja chingón, compadre, dice. Y se sienta en su camioneta, junto con los suyos, a mirarlo remover la pala y el instrumental hasta que el cuerpo queda libre de sus ropajes de tierra y aparece desnudo a la luz de las farolas. La alarma entre los uniformados es inmediata. El cuerpo está entero. Magullado hasta lo indecible, irreconocible, por tanto, picoteado y rasgado pero entero. La puta madre, este qué, dicen. Hacen llamadas repentinas, apresuradas, salpicadas de angustia. A este nos lo llevamos, compa, le dicen al técnico. Él baja la mirada y acepta. Yo lleno el reporte de la falsa alarma, los tranquiliza. Lo palmotean. Alguno, ya no sabe cuál, le da otro rollito de billetes. La doctora Guadalupe tiene películas en casa, le gustan el vino tinto y la comida italiana. Se concentra en ella.

Neira Moncayo Hernández, cuarenta y tres años, un metro sesenta de estatura complexión robusta, tez morena, ojos negros y cabello teñido de rubio, una muy pronunciada cicatriz de cesárea en el vientre, manejaba una camioneta de reparto de víveres, desapareció la mañana del 6 de junio, su retrato muestra una mujer de quijada fuerte y gesto decidido, hace dos años y un mes que no

se sabe más de ella.

Los agravios se acumularon durante semanas. Los nuevos vecinos le arrojaron una lata a nuestro perro, una tarde en que el pobre se quedó encerrado en el balcón sin que Raquel se diera cuenta y comenzó a ladrar. Como todos los miserables que hacen ruido, consideraban sagrados los instantes en que dejaban de poner la radio a todo volumen y trataban de dormir, así fueran las cuatro de la tarde. Y atacaron a nuestra mascota. Y hubo más. La niña no quiso volver jamás a los columpios del jardincito de la planta baja, porque un muchachito de unos doce años, el menor de ellos, la eligió como blanco de un par de pedradas. Otro aprovechó un viaje en elevador con Raquel para darle un agarrón de nalgas. Ella me esperaba aquella noche sentada en la cocina, con un cigarro en la boca cerrada como pinza, los ojos chispeantes de furia. Tenemos que hacer algo. Supe que debía llamar al Tiburón.

Miran una película de persecuciones en auto durante un par de horas. Los buenos se golpean un poco y los malos se vuelcan desastrosamente. Hay episodios de sexo y a la doctora Guadalupe le gana la risa cada vez que alguien se besa. Se comen el espagueti y el falso pan de ajo (trozos de bolillo cortados en diagonal y untados de una suerte de chimichurri fallido), beben tres vasitos de vino cada cual (Rosendo maldice su propia mezquindad, debió haber comprado dos botellas en el supermercado). Se besan, finalmente, y Rosendo ignora dos llamadas telefónicas que le hacen desde el trabajo (otro cuerpo, otro cuerpo) porque ninguna es de los municipales. El único cuerpo que le concierne hoy es el de Guadalupe.

Fernando Garcés Pérez, cincuenta y nueve años, uno sesenta y siete de estatura, tez blanca, ojos castaños, cabello entrecano, complexión fornida, barba y bigote poblados, un tatuaje militar (no especificado) en el hombro izquierdo, guardia de seguridad privado, a sueldo de una empresa de transportes, fue sacado de su puesto de supervisión por un grupo de hombres con armas largas, y llevado en una camioneta con rumbo desconocido. Su esposa ofrece recompensa por datos que lleven a su localización. Hace tres años

de ello.

Una cosa era buscar al Tiburón y otra encontrar su huella. Ni su abuela tenía una idea clara de cómo dar con su paradero. Él es quien te busca, opinó la viejita, cuando discretamente la consulté. No quería preguntarles a sus primos más cercanos y mucho menos a sus padres para que mi aura de amistad con él no fuera a esfumarse al son de «¿Buscas el celular del Tibu? ¿No que eran cuates?». Tampoco quise alertar a Raquel de mis intenciones. No las habría comprendido. Recurrí, pues, al pasado. Mario, otro de nuestros amigos, era abogado, uno de esos con obvios excesos de un dinero que no podía ser honesto. Un par de mensajes bastaron para que aceptara una comida en una fonda del centro equidistante de nuestras oficinas. Ese pinche Tibu es el más requerido, bromeó Mario cuando, luego de la sopa, la entrada, el guiso, el postre y el café, le pregunté por nuestro camarada. Justo voy a verlo el fin de semana. Le digo que lo buscas. Me urge, remarqué, el ruido es todo el día, son muchos, no podemos seguir así. Y tú te casaste con Raquel, hermano, se atrasó él. Era rarísima pero estaba bien buena, me acuerdo. Te envidio.

Lo extrañamos, compa, le dice el jefe de los municipales cuando lo alcanza junto a la cafetera. Sus compañeros están medio pendejos y llamaron a los estatales y se hizo un pedo. Confiamos en usted. Ya saben que yo jalo, me agarraron en mi descanso, se justifica Rosendo. El descanso es sagrado, compa, usted no se apure. Acá nos encargamos de que sus amigos lo cachen. Baja la mirada y se escurre en cuanto el agente se retira. Hoy no parece haber urgencias. Reposa. Le da tiempo de acercarse a servicios médicos y buscar a Guadalupe. Tiene una mujer y una niña en el consultorio. No podemos dormir, doctora, los vecinos se traen un ruidajo todo el día, le confiesan. Les receta un ansiolítico suave y píldoras para el sueño. Cuando descubre que Rosendo la contempla, le sonríe y le saca la lengua.

María Teresa Montes Gudiño, dieciséis años, uno cincuenta de estatura, tez clara, ojos castaños, cabello castaño claro, lunares en las mejillas y los brazos, complexión delgada, el 3 de junio

regresaba a su casa del colegio de las Madres Adoratrices a pie, se le vio hablar con el conductor de un automóvil rojo (con reporte de robo, según las placas que recordó un testigo). Jamás regresó a casa. La buscan sus padres y hermanos desde hace un año y tres meses.

No se aparezcan por su casa el domingo, me advirtió el Tibu. Estos morros están pesadones, no tan pinches jodidos como te dije antes, pero igual salen. Si puedes viajar fuera, aprovecha. A mí no me convenía la fecha indicada (lo ideal habría sido irse el viernes por la tarde y regresar el domingo, para no tener que pedir permiso en el trabajo) pero la necesidad era mucha. Lo más difícil fue atreverme a hablar con Raquel, que por supuesto no se creyó que me hubieran dado libre un lunes y un martes para irnos a la playa así nada más. Hablé con el Tiburón y nos va a sacar de las broncas con estos pendejos. Ella tardó en entender y luego se llevó la mano a la boca. Otra vez me veía diferente, quizá hasta siniestro. Empacamos y reservamos por teléfono un búngalo en la playa más cercana. Entregué un justificante en la escuela de la niña. La carretera estaba desierta y el autobús llegó con quince minutos de adelanto. El cielo se nubló todo el fin de semana. La nena jugaba en una pequeña alberca y Raquel la vigilaba en la sombra, libro en mano. Yo dormí casi todo el tiempo, como si me hubieran recetado un bálsamo muy poderoso. En el menú del restaurante ofrecían ceviche de tiburón. Me guardé mis comentarios.

Guadalupe no llega al puesto de socorros el lunes. La espera toda la mañana y da vueltas, cuando el trabajo lo permite, hasta su consultorio cerrado. Ya por la tarde, una enfermera le revela el desastre: alguien, no se sabe quién, llegó al puesto por la madrugada, herido. Ella no llamó a los municipales. Eso contó el otro médico de guardia, quien fue el que hizo la llamada, oculto en su propio consultorio. Una camioneta llena de tipos armados apareció a los quince minutos. Cargaron con el herido y la doctora. Rosendo siente que una olla hirviendo se derrama en sus pulmones. Sale al estacionamiento y ellos están allí, en sus camionetas, con bolsitas de papas en las manos y unas latas de refresco a sus pies, ya agotadas. La doctora que se llevaron de aquí ¿saben algo? Ellos

intercambian miradas. El jefe suspira. Todavía no, pero se está trabajando en varias líneas. ¿Es su amiga? Un miedo agudo como aguja le atraviesa el cuello. No, pero me gustaba. Está bien guapa. Pinche lástima. Se asquea de inmediato del tono juguetón con que lo dice. Pero lo hace, igual. Se gana unas risas. Por eso les decimos que nos llamen primero, compa. Usted ya sabe. Aquí es mejor no levantar una piedra porque le sale cualquier cosa debajo.

Jerónimo Alba López, once años, un metro treinta de estatura, complexión regular, tez morena, cabello y ojos negros, marca de nacimiento más clara en la espalda, jugaba en el área del canal la tarde del 23 de noviembre, descubrió unas armas envueltas en bolsas de plástico detrás de unos matorrales, fue a dar aviso a agentes de la policía estatal apostados a quinientos metros de allí, ellos lo mandaron a su casa. De allí lo sacó un comando de hombres con armas largas la madrugada siguiente, sin hacer caso a las súplicas de sus padres. Se lo llevaron en una camioneta negra. El retrato es el de un niño serio, con lentes. El reporte tiene dos meses de emitido.

El silencio era delicioso. E intimidante. La niña se durmió en cuanto puso la cabeza en la almohada. Raquel no lo hizo sino hasta que le juré que el Tiburón no iba a cobrarme el favor. Era verdad. No quiso hablar de dinero ni nada semejante, dijo que nada le costaba echarle una mano a un amigo leal a los colores, que además de todo había cargado con su prima. Igual estuvo bueno el tip de que esos morros andaban allá, con eso basta. Dieron guerra y uno se nos hizo ojo de hormiga un rato pero los pusimos en paz. Pues gracias, le dije. De qué, mi cabrón. Es la familia. Raquel se hizo la difícil con mis caricias y opté por no discutir. Luego me di cuenta de que le urgía tomarse sus pastillas y dormir. A mí me costó conciliar el sueño. Me parece, incluso, que no lo hice. Ya no recordaba las caras de los vecinos. Ni la del que había apedreado a mi niña ni la del pendejete que le agarró el culo a mi mujer. No recordaba sus caras. Nunca más las recordaría. Ya de madrugada decidí que nos mudaríamos lejos.

ALMAS BLANCAS

El gato llegó a casa un viernes. Había brotado de la tiniebla en un callejón y, como una pantera enana, siguió a mi hermano lejos de la zona de los bares, enroscándose en sus tobillos, improvisando cabriolas. Subió con él a un taxi y, una vez atravesada la ciudad, examinó el umbral de la casa y se instaló en la sala como un rey llegado de Oriente. Era gris plomo, con morro y vientre blancos. Su pelaje lucía limpio para provenir de las azoteas.

Éramos, sus anfitriones, un clan de empleados de baja estofa: mi madre respondía teléfonos en una agencia de viajes; mi hermano atendía la sección de caballeros de una tienda departamental; mi hermana cobraba en el mostrador de unos abarrotes sin relevancia y yo, el peor de todos, me pudría sin salario fijo en esos mismos abarrotes, mendigando propinas de las mujeres que necesitaban ayuda para cargar sus bultos.

El gato era nuestro único lujo. No teníamos televisor y sabíamos que nuestra madre ambicionaba uno desde hacía años, porque el último que poseímos se fundió en medio de un apagón. Los hijos nos conjuramos y acordamos regalarle uno nuevo en Navidad. Mi hermano nos obligó a prometer que cada cual aportaría un tercio del precio del cachivache seleccionado, el más barato de los disponibles en la tienda que lo empleaba.

Pasaron las semanas. El frasco de mayonesa en el que tendríamos que depositar los ahorros seguía vacío. Mis ganancias se iban en comida y arena de gato y alguna eventual cocacola. Las de mi hermano, considerablemente mayores, se concentraban en sufragar sus visitas a bares y en invitarles cervezas a chicas desdeñosas que nunca le aceptaban más de dos. Mi hermana aseguraba que ella no aportaría su parte sino el día de la compra, porque no confiaba en nuestra honradez. Y hacía bien.

El fin de semana en que mi madre coordinó la colocación de las

decoraciones navideñas nos sorprendió sin capital alguno. El día se acercaba y nuestra meta parecía inalcanzable. Solo quedaba improvisar.

Cada jueves debía subir a un quinto piso las bolsas de verdura de la señora Mendiola, una dama de mediana edad, soltera y devota, que tenía el departamento rebosante de imágenes de santos y vírgenes y los suelos manchados por la cera de trescientos cirios derretidos en su honor. Otro que se derretía era yo, que, por motivos arcanos, tenía a la mujer por *sex symbol* personal y temblaba cada vez que subía los cincuenta y tantos escalones que conducían a su puerta mirándole las nalgas evanescentes dentro del vestido largo. El deseo siempre contiene un hilo de delito. Como ella se limitaba a darme una sonrisa fría y una moneda cada vez, una tarde de jueves me deslicé a su comedor mientras ella respondía el teléfono. Abrí la caja metálica en que resguardaba las limosnas de la congregación para el santo patrono del barrio y me eché al bolsillo los billetes que contenía.

Mis hermanos me esperaban en casa con el gesto despectivo de quien sabe que va a ser decepcionado. Enmudecieron cuando saqué los billetes y se los arrojé a las fauces. Y se mostraron incrédulos cuando aseguré que eran fruto de mis propinas. Tenían razón en desconfiar. Terminé, bajo una tormenta de preguntas, por reconocer el hurto. El gato festejó mi confesión con un maullido escalofriante.

Impulsados por la locura del animal, ellos se apuraron a reconocer sus propias maniobras oscuras. Mi hermana había desviado los cambios de los clientes durante semanas hasta reunir la cantidad prometida; entretanto, nuestro hermano escaqueó de la bodega de su trabajo varios pantalones sin etiquetar y los revendió en las calles. Compramos el televisor ese mismo domingo y esperamos la Natividad del Señor con la dicha que la fraternidad nos inyecta en el espíritu.

La Noche Buena comenzó con buenos augurios. Mi madre cocinó pescado y accedió a compartir con nosotros la botella de ron que obtuvo en una rifa de la oficina. En medio de la euforia, se perdió al fondo de la casa. Volvió con una caja pequeña, inconfundible. Era un televisor, el más barato del mercado. Lo había comprado para nosotros, dijo, con el dinero sustraído de la caja chica de la agencia de viajes. Estaba más sonriente que una colegiala que se hubiera

escapado de clases. ¡Felices fiestas! Helados, los hijos no nos atrevimos a hablar. Ahora teníamos dos televisores idénticos. Y nada de dinero en efectivo.

El gato, con una mueca de satisfacción, se acuclilló ante la mesa del banquete y meó una pequeña cascada de felicidad.

BIENAVENTURADOS LOS MANSOS

I

Los rivales que debimos enfrentar en el episodio del show «Ayuda y gana» fueron tremendos: el Coro de Niñas Ciegas del municipio y el Ballet de la Asociación de Víctimas del Terremoto del 99
(AVT'
99: no confundir, por favor, con grupos equivalentes del 85 y el 2004). Las votaciones telefónicas y en red comenzaron en cuanto pasó la cortinilla musical y resultaron, de entrada, negativas para nuestra causa, porque en el canal les hicieron un video muy sentimental a los del ballet, en el que sus integrantes profundizaban, con abundancia de lágrimas y moqueos, en las privaciones que habían enfrentado como damnificados y en las dificultades de hacer puntas cuando no tienes completos los dedos de los pies. Por su lado, las niñas ciegas protagonizaron un clip en el que una asesora de imagen las ataviaba, peinaba y maquillaba con ropajes glaseados, flequillos oceánicos y colores siderales. El consenso fue que así, ajuareadas como para asistir a los quince años de la hija de un delincuente, se veían muy tiernas.

No podíamos darnos por vencidos y respondimos con la mejor artillería de la que disponíamos: en nuestro video, nos concentramos en resaltar el humor de los chicos del Centro de Rehabilitación Juvenil Pax (el querido CRJP, que, a pesar del mote, no atendía a ninguna clase de sudorosos adictos, sino a muchachos en «situación de desarrollo singular», es decir, lo que la gente

antigua y sin corazón llamaba «locos de atar» y «retardados»). Para conseguir que se manifestara ese buen talante, que en realidad no era habitual, recurrimos a la táctica de vaciarles un frasco de carbonato de litio en el café con leche del desayuno. Los efectos fueron inmediatos y, al momento de grabarse el video, la depresión y la ansiedad se habían desvanecido de los rostros y anatomías de los nuestros y menudeaban en ellos las risotadas, los espasmos de alegría, el alzamiento de pezones y las erecciones más prominentes.

El premio era un millón y buena falta que nos hacía, porque los integrantes de nuestro patronato eran mejores para esbozar gestitos de solidaridad en las fotos que para sufragar las cuentas del centro. La entrega del cheque simbólico (un cartón enorme como pizarra escolar) se realizaría en el Museo de Arte Actual, cuyo consejo era presidido por las hermanas Verdugo, hijas divorciadas y multioperadas del mayor empresario gasolinero del país.

Tras la emisión de nuestro video y empujados por los insistentes close-ups a los ojos y el escote de nuestra compañera Anita, cuya esquizofrenia había truncado sus mejores posibilidades vitales pero no marchitado su esplendor carnal, conseguimos remontar la desventaja que teníamos con respecto a las niñas ciegas y ponernos en segundo lugar, a un puñado de votos del ballet de la
AVT’
99.

Sobrevino entonces, luego de una ráfaga de confusiones y molinetes retóricos de los locutores y de cuatro cortes comerciales, la ronda de entrevistas en vivo, que resultaría decisiva. Los coordinadores de los equipos rivales se limitaron a repetir lo dicho en sus videos (y de un modo, seamos sinceros, bastante menos categórico, porque carecían del acompañamiento de música patética de la grabación), mientras que Anita, con sonrisa hechicera y las venas repletas de carbonato de litio, hiló un discurso conmovedor: «Cuando estoy en el CRJP, miro alrededor y no distingo a quienes tenemos desarrollo singular de quienes no. Estamos juntos».

Nosotros sabíamos que era cierto, que generalmente no era capaz de diferenciar al personal de los internos (y cuando lo hacía era para mal: al menos dos de las manifestaciones de su personalidad dividida porfiaban en que los enfermeros podían ser sobornados con mamadas a cambio de un aumento en la dosis de

medicamentos). El público, que ignoraba esos extremos, se sintió tocado por sus palabras y saltamos al primer lugar.

Mauricio, mi pupilo favorito, bailó como un lagarto atacado por el tétanos y agitó sus muñones ante la cámara cuando el animador del show anunció que las votaciones habían cerrado, que el CRJP era el equipo ganador del episodio y nos habíamos hecho acreedores al millón libre de impuestos aportado por los patrocinadores. Una cerrada nube de confeti nos envolvió; el personal y los pacientes corrimos a abrazarnos.

No pude evitar un aguijonazo de pena por los rostros de estatuas funerarias de las niñas ciegas, que cayeron al tercer puesto al final, ni por la indudable decepción de los integrantes del ballet de la AVT'
99, que trastabillaban sobre sus pies lacerados e incompletos mientras se alejaban hacia los camerinos. Los aplausos y abrazos, sin embargo, consiguieron borrarlos de mi vista: éramos los incontestables triunfadores. ¿Para qué sufrir?

«¡No se olviden que el premio es una cortesía de nuestros amigos del Museo de Arte Actual! ¡Tendremos un reportaje de la entrega la próxima semana! ¡No se lo pierdan! ¡Y recuerden también nuestra clave en la red: gatitoayudaygana! ¡Hasta la próxima!». Así bramaba el locutor principal mientras agitaba la mano en señal de despedida. El público en el estudio batía palmas bajo la rítmica batuta de dos jalaplausos.

«Si me consigues café con leche, dejo que me la metas por el culo». Eso susurró Anita, llegada con silenciosos pasitos de leona hasta la vecindad de mi oído mientras se apagaban las luces de neón que indicaban «En vivo» y la melodía de la cortinilla final del show inundaba los aires.

Por supuesto que le dije que no.

II

El guía del Museo de Arte Actual se ofendió porque Mauricio pasó por alto la manita cordial y saludadora que le acercaba. Luego cayó en cuenta de lo que pasaba —o, más bien, lo que no pasaba—

con esa mano ausente y se puso muy pálido. Cuando se alejó, le referí su desazón a Mauricio para hacerlo reír.

Recorríamos el museo como bárbaros victoriosos. Mauricio, lo dije ya, era mi favorito. Además de ser *lento* le faltaba la mano derecha. Y también la izquierda. No era posible descubrirlo a simple vista: lo abrigábamos con un gabán porque el frío le daba comezón en los muñones. No se había dejado rasurar haría cosa de un mes, por lo que lucía una barba tupida y rizada como la de un rey asirio. Miró las pinturas de la sala principal con desaprobación y agitó las mangas del gabán como alas de cuervo. Se me acercó y masculló: «Así son mis dibujos».

El guía se concentraba en explicar el motivo que había orillado a la confección de una escultura improbable —una colosal bola de pelo sostenida en las alturas por un pedestal— ante la indiferencia de la sección de sillas de ruedas. Una chica sin piernas se había quedado dormida y respondía la exégesis con ronquidos. No estaba a consideración despertarla: que recuperara el sueño robado por el episodio de dolor de la noche era preferible a obligarla a mirar bolas de pelo.

Me concentré en las nalgas de Anita: rotundas, magnéticas. Mauricio me sonrió y amagó con lanzar un chiflido que, cortésmente, se tragó al final. Me abastecí de café y esperé el final de la inducción «al arte más sutil del presente de la humanidad» (palabras del guía) con la vista perdida en el resplandor helado de las lámparas.

III

Porque todos mis amigos están muertos. Eso respondía a quien preguntaba por qué cuidaba jovencitos en situación de desarrollo singular en vez de llevar balances contables, diseñar sillas o dar clases en una universidad extranjera. Mi frase equivalía a decir que uno se aferraba a lo que podía cuando estaba solo, lo que era mentira, o que prefería que no se me incordiara con preguntas, lo que era rigurosamente cierto. Paseaba y cuidaba retrasados porque me pagaban bien por hacerlo: esa era la verdad.

Decir «todos mis amigos están muertos», además de ser dramático y de darme cierta dignidad de víctima, evocaba la existencia de la Revelación, el motivo tremebundo que los incautos, que eran todos, sospechaban detrás de la decisión de cada uno de los que trabajábamos en la CRJP para sobrellevar esa vida que se presuponía tan sacrificada.

Pero no éramos monjes. Éramos profesionales que dedicaban veintinueve horas semanales (el común de los mortales, en cambio, trabajarían cuarenta o más) al cuidado y esparcimiento de grupos de muchachos con deterioros de todo tipo. Sus familias consideraban un fastidio su existencia y eran capaces de pagar fortunas para que alguien más se ocupara de ellos. Los padres sufrían, en especial, ante la visión repetida, continua o incluso interminable de las deformidades, taras e incapacidades de sus herederos y, lo mismo si poseían grandes sumas de dinero que si debían empeñar las joyas y el auto, se afanaban por quitárselos de encima.

Para perdurar en el empleo había que ser capaz de responder a situaciones tan complejas como un paro respiratorio, una fractura expuesta o la higiene íntima de una esquizofrénica, pero el problema no era tan arduo como para que una capacitación continua y fecunda no fuera capaz de remediarlo. Además, los pacientes solían ser todo lo cooperativos que sus limitaciones les permitían. Un muchacho sin manos, por ejemplo, no tenía tiempo para más inconvenientes que los ineludibles de su condición.

Yo fui, durante largos años estériles, profesor de escuela. Luego me especialicé en dar cursos de regularización a escolares que fracasaban en sus exámenes. Cuando el CRJP me invitó a trabajar solamente se me dijo: los muchachos tienen que pasársela bien. Y a eso me dediqué. Era más simple que intentar meterles en la cabeza la grandilocuencia de Quevedo o la lista de estados centroamericanos expuesta en orden alfabético.

IV

Me perdí en divagaciones mientras despachaba el café y el

resultado fue que los muchachos vagaban como abejorros monstruosos y sin destino por el vestíbulo del museo. Las mujeres que atendían el mostrador de los recuerditos los miraban con piadoso espanto. Ojalá les hubieran dicho en voz alta algo desagradable, para reprenderlas y humillarlas con la exhibición de nuestra superioridad moral. Pero no se atrevieron.

Conduje a mis seguidores a una sala lateral. Una pantalla de video se resignaba a la proyección de unas manos que contenían un poco de agua.

El agua se agitaba ligeramente.

Y ya.

Ese era el arte.

Los muchachos se olvidaron de lo que se exhibía y se congregaron, curiosos, en torno al proyector. Habían descubierto que si interceptan la luz que emitía, una sombra interrumpía el tedio de la imagen. Consideré durante unos segundos improvisar sombras chinas para divertirlos, pero no hubo necesidad. Ellos las hacían mejor. Se revolvían y empujaban para aparecer, monumentales, en la pared. Mauricio, que no tenía manos con las cuales jugar, metió la cabeza en el camino de luz y la agitó, danzante.

Vigilé la excursión colectiva a los baños y empleé un viejo trapeador que estaba por allí para limpiar el desastre bajo los urinarios. A algunos de los chicos, la visión de su propia uretra expulsando líquido los divertía o inquietaba demasiado en aquel ambiente insólito.

La gira por las oficinas fue menos entretenida. Los administrativos del Museo de Arte Actual bajaban la cabeza y asordinaban las carcajadas que ya nos habrían dedicado mientras los funcionarios salían a nuestro encuentro y nos sonreían con toda condescendencia. Alguien nos condujo a un bebedero y nos obsequió vasos desechables y azúcar.

Le di de beber a Mauricio del recipiente diseñado para que no se atragantara y que siempre llevaba conmigo. Anita estaba de un humor demasiado candente por la mañana (sorprendió al enfermero que fue a darle el desayuno con la exhibición de sí misma, desnuda, a medio agachar y abriéndose las nalgas con las manos), así que le echamos una ración doble de benzodiacepinas al café con leche. El

resultado era que, al menos cuando abandonamos nuestras instalaciones, se dejaba conducir sin dificultad. Pero al verla de pie allí, sudorosa y con ojos desentonados, supe que el efecto del sedante había terminado.

El contingente de sillas de ruedas y el resto de los incompletos nos alcanzaron en la cafetería cerca de la hora del almuerzo. Distribuimos frutas y agua azucarada y repartimos piezas de pan entre quienes habían vomitado el desayuno. Cuando servíamos los postres llegaron, finalmente, el productor y el camarógrafo del canal. Solicitaron permiso para llevarse al grupo de chicos que debían ser retratados con el cheque simbólico. Elegimos dos ensillados, dos incompletos y dos raros —fui arbitrario y parcial: mandé a Mauricio y Anita— y me encargué de conducirlos al salón principal. «Es un privilegio trabajar con estos modelos». El productor recitó un diálogo seguramente preparado de antemano. «Les aseguro que van a quedar felices».

Los chicos posaron con el cartón del falso cheque. El dinero real, nos aseguraron, estaría en nuestra cuenta en unos días. El camarógrafo prometió, además, que nos haría llegar el video editado por la tarde, para que lo viéramos y, en caso de no tener reclamos, firmáramos la hoja de cesión de derechos.

Recibí de manos del último de los funcionarios del museo los documentos legales del premio: debía entregarlos a la gerencia del CRJP y asegurarme de que pasaran a firma del contador, del director y del padre Javier, la divina trinidad que presidía nuestro patronato.

Cuando todo estuvo consumado, repartimos abrazos, levantamos a nuestro ejército y organizamos la salida. Anita corría de un lado a otro mientras yo me distraía en buscar la llave del candado de la rampa que haría que las sillas subieran al autobús. Contemplé a la distancia el vaivén de sus nalgas embutidas en pantaloncillos cortos.

Ya en la calle, nos atajaron los alumnos de una excursión escolar. Decenas de ratas armadas con teléfonos y libretas. Les rogaron a los chicos que se dejaran tomar fotos y les pidieron autógrafos. Tuve que explicarles que Mauricio necesitaba espacio para operar y que alguien debía sujetarle la libretita mientras él tomaba el bolígrafo con los dientes y firmaba. Éramos, quién lo habría sospechado, populares.

Cuando estábamos por liberarnos, descubrí que Anita abrazaba a un muchacho al que le musitaba cositas al oído. Logré abrirme paso y, sin ninguna clase de fineza, la eché de su lado. Pero el daño era obvio e irreversible. El tipo tenía los ojos vidriosos y resoplaba. «Discúlpala. Está enferma», supliqué. «Me dijo… Me dijo que si le daba medicina… Me dijo que…». Eso balbuceaba. Le rodeé el hombro con la mano y repetí: «Está enferma».

Ordené que la chica del servicio médico le vaciara en la boca un gotero de calmantes a la culpable. Anita forcejeó pero terminó por aceptar la humillación y se tragó la pócima entre los abucheos y silbidos de sus compañeros.

Estaba furioso cuando subimos, al fin, al autobús y ellos lo sabían. Mauricio, que viajaba a mi lado, me frotaba la cabeza en el hombro como un perro en busca de aprobación. Anita, con una mueca de arrepentimiento en el apretado conito de sus labios, se deshizo del cinturón de seguridad y, balanceándose para no caer por obra de los arrancones y frenones del autobús, se posó en el brazo de mi asiento.

«Perdón. Me dolía. La cabeza». Mucha debía ser su inquietud para que consiguiera hablar, incluso con aquellas vacilaciones, a pesar de la sobredosis de calmantes.

La ira me rasguñaba el paladar pero logré mantenerme en silencio durante dos semáforos enteros. La mano de Anita se posó en mi muslo. Nuestros ojos se encontraron. Era hermosa, delicada, espantosa y frágil.

«Vamos a darte café por la tarde, también», acepté entre dientes. Bajó la cabeza, casi avergonzada. «¿Y el muchacho?», preguntó con un resto de voz. Tuve que suspirar. «Que se joda. No podemos cuidar a todo el puto mundo».

La limpia mirada de Mauricio me trajo algún alivio.

LA REINA DE INGLATERRA

Llegué al asilo por la tarde. Me hicieron esperar en el vestíbulo de la planta baja. Sudaba. El sol era intenso, la caminata había sido larga y la idea de usar un suéter para lucir formal y recuperar el respeto de las enfermeras, perdido a fuerza de aparecer por ahí en bermudas y chancletas, resultó contraproducente: apestaba y el cabello se me arremolinaba en los ojos. A pesar de la repugnancia que me provocaba el aroma corrosivo de mis ropas, no podía dejar de olfatearme. Como si mi nariz fuera capaz de absorber cada molécula de suciedad y devolverla, purificada, a los aires.

Ajeno a mis angustias, el perro se acurrucó en la alfombra. Era una bestia paciente y mansa, recogida de un terreno baldío a la vuelta de casa. Lo descubrí una tarde, en mitad de la tormenta, resistiendo los embates del clima con dignidad de esfinge: ojos entornados, cabeza en alto, resignado como un faquir al hambre, a las patadas que le colocarían en las costillas, cada vez que pudieran, los niños del barrio y los descerebrados de rigor. Hacía poco más de un año que lo había rescatado. Cuando lo bañé, le di de comer regularmente y lo hice vacunar, perdió el aire dramático y se volvió un comodino.

Solíamos pasear por las tardes y rematar, cuando menos una vez por semana, en el asilo. Allí debíamos esperar a que la recepcionista dejara de mirar el televisor y subiera a advertir de mi presencia a las enfermeras. Ellas corroboraban que mi tía Margarita estuviera despierta, vestida y serena. Solo entonces la hacían bajar al jardín (en silla de ruedas, aunque fuera muy capaz de hacerlo a pie) y nos franqueaban el paso.

Esa tarde, cuando la recepcionista volvió (y miré su gesto de desagradado con horror, seguro que el olor de mis ropas la haría dar arcadas) y nos indicó que pasáramos, tuve la seguridad de que no volvería a pasar por aquello. La idea apareció en mi cabeza con

claridad, como una moneda que golpeara el mosaico del suelo. *No volveré a esperar en este recibidor, no volveré a inquietarme por la opinión de las enfermeras*. Había hecho lo necesario para que el rito semanal desapareciera.

Margarita era una profesora de inglés de las de toda la vida. Comenzó en una época en la que nadie quería aprenderlo para triunfar o insertarse en los ejes mundiales del comercio, sino para hacer un viaje o parecer elegante, nada más, como se aprendía a tocar el piano o se repasaban los métodos correctos de comportamiento en un coctel. Era tía de mi madre, pero en una familia pequeña y desunida, como la mía, eso significaba ser muy cercano. Se casó dos veces; las dos enviudó. No tuvo hijos. Era una mujer dulce, contaba chistes obscenos sin usar palabras altisonantes y la gente solía pensar que no era lista (pero lo era, caudalosa y generosamente). Se le quería más de lo que se le respetaba.

Alfredo, el hermano de mi madre, era un tipo atrabiliario y la había metido al asilo pretextando cualquier nimiedad. «Se va a caer un día y a ver quién la cuida». Yo tenía dieciocho, entonces, mi madre vivía aún y a nadie le interesaba mi opinión. Pasaron once años y la tía Margarita, que lloró un poco en los primeros meses, había terminado por acostumbrarse. Alfredo, en cambio, que se quedó con su casa y su auto (un largo sedán verde, que malbarató como chatarra), no pudo acostumbrarse a nada, porque murió de cáncer un par de años después.

«Te ves asoleado», dijo la tía, nada más verme, con su clara voz de profesora. Le besé la frente y me senté en una de las sillas metálicas, justo a su derecha, el lado desde el que escuchaba mejor. El vivo olor a hierbas del jardín me consolaba de mi pestazo. Margarita se concentró en acariciarle el pecho al perro, que se mantenía impávido, como el centinela de un castillo.

«Tuve un día de puras carreras», expliqué.

Ella parpadeó para enfocarme con propiedad y sonrió con su boca desdentada.

«¿Te dejas la barba en venganza?», susurró.

Le gustaba burlarse de la época que pasé en la escuela militar, obligado a usar el cabello al rape y afeitarme neuróticamente la cara.

«Ya es el último viernes que vengo», informé. En vano, porque

ella lo sabía. Hacía dos meses que estaba enterada.

«Vamos a pedirles un cafecito a las muchachas», propuso.

Mi madre fue quien me envió a la escuela militar, harta de mi comportamiento (era yo, como muchos, un haragán, un insolente, nada especial). Allí, además de dormir mal durante cuatro años, me especialicé en computadoras: era la única actividad en la que podías convivir con tipos que no intentarían sodomizarte a la primera oportunidad.

En la escuela tuve cuatro años de clases bajo la tutela del capitán Morelia, apodado la Monita, quien se caracterizaba por no tener ningún conocimiento técnico posterior al año mil novecientos setenta y nueve. No de él, sino de su ayudante, el cabo Juan Carey, aprendí los rudimentos de la que sería mi vocación.

Carey utilizaba sus conocimientos para asuntos más bien estúpidos. Como, por ejemplo, alterar los inventarios de suministros del cuartel para apropiarse de artículos tan míseros como un par de botas, alguna pieza extraviada del uniforme o raciones extras de alimentos, y comerciar con lo hurtado. O, como, ay, modificar los reportes archivados sobre alguno de los estudiantes (calificaciones, informes de sanciones, ese tipo de bajezas) y ganarse una tibia recompensa.

El cabo no entendía que sus alcances eran mediocres porque así eran sus objetivos. Había una puerta abierta ante él que jamás fue capaz de descubrir. Y yo, que nunca antes destaqué por mis habilidades para ninguna actividad útil, me convertí en un alumno atento y, con el paso del tiempo, pude superar los trucos y trampas del cabo y desarrollar algo más elevado que sus lodazales: una técnica. O, mejor dicho, un arte.

Luego de la muerte de mi madre, y gracias al sentimentalismo propio de los militares, a quienes les pareció lógico que esgrimiera la orfandad como razón para darme de baja, dejé la escuela. Al principio me dediqué a sobrevivir con lo mínimo: la pequeña herencia recibida y la ventaja de vivir en la casa familiar, a salvo de alquileres. Una vez asentado, me atreví a realizar lo concebido durante los años de aprendizaje. Compré una computadora. Comencé con movimientos discretos. Hurtaba discretamente (centavos, en cada caso) de una multitud de cuentas bancarias comerciales o corporativas y mandaba lo obtenido a dar un tour

mundial por toda suerte de recovecos y estaciones intermedias, hasta dejarlo fuera del alcance de cualquier rastreo concebible. Una vez realizado esto, consolidaba el dinero en una serie de cuentas personales y modestas, siempre por debajo de los niveles de ahorro que llamaban la atención de las autoridades. Así, con paciencia de reptil y sin un incidente, reuní el dinero necesario como para llevar a la tía Margarita a casa y contratar los dos turnos de enfermería necesarios para sus cuidados.

Rara vez salía a la calle en mi propio automóvil. Siempre quise el sedán de mi tía, pero Alfredo lo había alejado, para siempre, de mis manos. Tuve que conformarme con uno parecido, un convertible de color pistache al que, como le gustaba decir al mecánico, le dolía todo. En especial los frenos: había que sumir el pie hasta el fondo para que el cacharro, cabeceando como un toro, se detuviera, dejando tras sí una estela de humo gris oscuro.

A bordo de esa impredecible morsa de metal llegué al asilo. El perro se había instalado en el asiento trasero y miraba por la ventana, con la lengua fuera, como se espera que hagan los de su especie. Yo olía a perfume y llevaba encima un traje de primerísima calidad, pura lana. La recepcionista corrió a dar aviso de mi llegada.

Frente a mí desfilaron la administradora, quien arguyó que debería haber sido informada con anticipación; la médico principal, que recomendó no trasladar a Margarita («Para lo que le resta de tiempo…»); y, al fin, la directora del asilo, a la que hubo que persuadir de no interponer obstáculos a la salida de mi tía con la amenaza de denunciarlas a todas por secuestro si pretendían retenerla en sus instalaciones una noche más. Hubo que firmar mil quinientos noventa y dos papeles y toda una serie de responsivas. Hubo que liquidar tres facturas, cada cual más extemporánea y absurda que la anterior. Hubo, en fin, que hacer nosotros mismos el equipaje y repartir entre los apolillados internos las pertenencias que mi tía no llevaría consigo.

Le había comprado un vestido, un mantón, maquillajes de primera y hasta alhajas. Un par de buenas damas de la alcoba vecina la ayudaron a ataviarse. Quería sacarla de allí como quien lleva de paseo a la reina de Inglaterra. Los otros ancianos se apretujaban en los corredores, en los quicios de sus alcobas, en los ventanales y repletaban el vestíbulo. Vitoreaban. Algunos se

limpiaban con pañuelitos las lágrimas y los mocos y la tía Margarita y yo pasábamos entre ellos recibiendo palmadas y caricias, como boxeadores camino al ring.

El aire de la calle era fresco. La tarde teñía los cielos de rosa y añil.

«Robé para sacarla, tía», le confesé en el primer semáforo, cuando conseguí que el automóvil se detuviera. Malditos frenos.

«No tengo ni tu casa ni tu carro, pero tengo casa y un carro. Y en la casa están las cenizas del tío Alfredo en un jarrón».

La tía Margarita volteó a verme con la sonrisa sin dientes en su boca abierta como cueva. «¿Todo esto por tu puta venganza?».

Yo bajé la cabeza y el perro bufó.

EL RASTRO DE LA NIEVE EN TU SANGRE

El imbécil de Caruso llegó tarde. Lo digo aunque no habíamos acordado cita alguna y ni siquiera estábamos en contacto antes de aquella noche. No: Caruso llegó tarde, en realidad, para evitar que recayera luego de ocho años. Una hora tarde, cuando la nieve, el polvo maldito, había invadido mi sistema.

Me explico. Durante mis tiempos juveniles me aficioné al consumo de nieve y luego, no sin pasar por noches de sudor, aullidos y vómitos, la dejé. Ocho años duré limpio, ocho años como ocho soles. Conseguí separarme de la costra de amistades ineptas con que se suele revestir un consumidor incluso al precio de no tener con quien salir. Fui capaz de tolerar la enfermedad y muerte de mi madre y la partida de mi hermana Clarita, que se apagó como una santa en brazos de su esposo, sin entregarme a los consuelos de la nieve. Dejé de preocupar a los jefes en la agencia de publicidad en la que trabajaba (esos fariseos igual consumían, pero señalaban con el dedo a cualquier empleado con huellas de vivir la noche como ellos lo hacían) y me convertí en ejemplo de readaptación.

Pero la inercia conspiró en mi contra. Por respeto a mi condición de remiso dejé de ser convocado a las fiestas de oficina, me alejé de los jefes y terminé arrinconado, primero, y olvidado después. Me recordaron apenas a tiempo para pedirle al guardia, una tarde, que me acompañara a la puerta y revisara que todos los objetos apilados en mi caja de cartón me pertenecieran. Me echaron, sí.

Sobrevinieron quince meses de exilio. Busqué amigas en la red y las inundé con mensajes incitantes que declinaron responder. Cuajé de curriculums vitae los correos de cada ejecutivo de cada agencia de la ciudad, tecleando incluso al azar (Fito Caruso, por ejemplo, podía haber tenido la dirección fitocarusoarrobapublitechpuntocom o fcaruso o f.caruso o incluso fito.caruso, sin descartar la confianzuda carusoarroba).

Y una noche, reconciliado con los dudosos amigos de mi etapa de consumidor, flaqueé. Hugo, al calor de los tragos y unas cuantas partidas de billar, me llevó aparte. Tengo algo, si quieres. Las miradas de todos los presentes se encajaron en mi nuca. Hubo gestos de incredulidad cuando incliné la cabeza en señal de aceptación. Hugo se apresuró a conducirme a la bodeguita de los viejos tiempos, la de siempre, se rebuscó en los bolsillos y, luego de pelear a oscuras contra sí mismo y su torpeza, ofreció un montoncito de nieve en la esquina de una credencial. Lo aspiré. Un corifeo de rostros pasmados me recibió al salir. Mi espinazo se sacudía.

Una hora después apareció por el bar Paco Caruso, elegante y derrochador. Acababa de mudarse a una nueva agencia, mayor y poderosa y se acercó sin pestañear a mi lado. Necesito que te vengas conmigo, viejo. Haces unas pruebas sencillas lunes y martes y el miércoles estás trabajando. ¿Te parece?

Una hora tarde, hijo de puta. Una hora tarde.

Me sabía condenado. Desperté con las púas de la culpa clavadas en el estómago. Había sobrevivido de ahorros precarios y trabajos de *freelance*. Y ahora Caruso era mi salvación y mi condena. Si su agencia pedía análisis de sangre a sus futuros empleados era porque sus gerifaltes conocían de sobra la afición del gremio a meterse ilegalidades por las narices. Y ese examen no había modo de pasarlo.

Incurrí en la resignación. Recé sin fe oraciones elegidas entre las tinieblas de la memoria (comencé con el padrenuestro y deparé en el avemaría y el angelito de la guarda). Me sacó la sangre una laboratorista de seriedad científica apertrechada tras unas gafas interminables. Miré marchar mi sangre en la jeringa con un dejo de conmiseración. Eran las siete de la mañana y no había desayunado. El juguito de naranja me supo como le debe haber sabido el vinagre a Jesucristo, allá en su cruz.

El martes desperté dos horas antes de lo necesario. Caminé a las oficinas de la agencia. Eran esplendorosas, admirables. Deambulé hasta el despacho de reclutamiento a donde se me había indicado presentarme. Tenía la ficha doce y, abriéndome paso entre solicitantes adormilados con gestos de mensajeros y afanadores, me

aposenté en una silla. De inmediato asomó por la puerta una jovencita, pronunció mi nombre y me hizo pasar. Soy la licenciada Ana Chávez, dijo con una reverencia. Era morena, delgada, el cabello estirado en una coleta impecable. Sonreía con delicadezas de hada. Caruso pidió que te atendiera. Sonreí sin fuerza. Ocho años limpio y destrocé el Universo una hora antes de que el cielo se abriera para mí. Me suicidé cuando despuntaba el amanecer.

Entregué el cartapacio con mis documentos, que la bella Ana examinó. Se humedeció los labios con una lengua mínima de gato y temblé. Formuló unas preguntas sobre experiencia y aptitudes y sin mostrar reacción ante mis desplantes de megalomanía (yo era el que hacía moverse la agencia, dije sin sonrojo) me pidió dibujar un hombre y una mujer en una papelito. Tendrías que posar para mí, repuse, perdida ya la dignidad. Ah, sabes dibujar. No. Pero soy un fotógrafo de antología. Celebró el término con otra risita. Nadie responde así una entrevista, advirtió. Yo sí. Bueno, no creo que vuelvas a pedírmelo: arriba hay chicas muy guapas. No soy tan fácil, fingí indignarme. Ella sonrió.

Tocaron a la puerta. Un mensajero traía unos sobres plastificados con el rótulo del laboratorio. Tus resultados, dijo ella, y abandonó la pila de análisis junto al teléfono. ¿Mi sangre? La tuya y la de otros cinco. El laboratorio manda los resultados y una interpretación en caso de ser necesaria. Qué necesidad. Ocho años perdidos, el cielo mismo desperdiciado.

Cerré los ojos. Quizá Hugo no me había dado polvo sino un placebo, aspirina, algo que le permitiera reírse de mí. Quizá la cantidad de nieve en mi sangre sería mínima, infinitesimal, comparada con la de cualquier otro aspirante (esencialmente por eso, porque todos aspiraban). Quizá Ana, movida por la curiosidad ante el cuarentón que le coqueteaba, decidiría ocultar el examen. Nadie tenía por qué saber el resultado, en el fondo. La luz me picó las pupilas al levantar los párpados. El cerebro se me contoneaba. Me encantas, licenciada Ana, dije con una voz aflautada que no parecía mía. Deberías aceptarme un café. Y acostarte conmigo.

Ahí estaba: la condena.

Ella no me prestaba la menor atención. El sobre, a mi nombre, abierto en sus manos. Miraba la hoja blanca sin parpadear. Sus ojos saltaron entre el papel y mi rostro. Estaba, cómo no inferirlo,

horrorizada. Se llevó una mano a la boca, tapándosela.

Quizá es el tumor familiar, el que se llevó a mi madre y la pobre de Clarita, me dije. Quizá hay tiempo de dormir con Ana, todavía.

¿Es la nieve, no? Mi voz se perdió en el puro babeo.

Ella no respondió.

GUSANO

I

Un hombre sentado ante una mesa, que no vive ni muere. Un tipo paralizado, hechizado, que no volverá a hablar más. Quieto. En pausa perpetua. Lomelí conocía la imagen: aparecía al comienzo de un relato de Sherlock Holmes. En él, se declaraba al detective incapaz de descubrir el motivo de que el periodista y duelista Isador Persano hubiera sido encontrado «en estado de locura, mirando fijamente una caja de cerillos que tenía delante y que albergaba un curioso gusano, al parecer desconocido para la ciencia».

Yo sí conozco al gusano, pensó Lomelí esa mañana: es el gusano del mezcal.

Y lo dominó el terror, porque estaba sentado ante una mesa, en su recámara del hotel. Y no podía moverse.

II

Lomelí no había ido a Oaxaca por voluntad. Siempre que podía visitaba la ciudad, pero esta vez no experimentó la sensación de goce que lo asaltaba, por lo general, al escuchar la palabra *Oaxaca*. Lo que hubiera querido, al llegar, era ver a los amigos, deambular por las calles, sentarse en una plaza («¿Le gusta este jardín que es suyo? ¡Evite que sus hijos lo destruyan!») y admirar el moroso vaivén de la gente; leer los cartelones de las protestas populares del Zócalo y, una vez sonado el medio día en el reloj, meterse a la cantina. No quería obligaciones: nunca en aquella ciudad en la que no le daban ganas de más cosa que desaparecer. Pero lo convocaron

por asuntos laborales y no pudo negarse.

El Infierno, se sabe, está ubicado en el mismo lugar que el Paraíso. Solo que cuando estás en el Infierno tienes que trabajar.

III

Lomelí voló desde el otro lado del país y Oaxaca, a través de la ventanilla del avión, le pareció arrancada de un libro de estampas: las casitas de los alrededores, enclavadas en mitad de unos cerros bajos, como salidas de la decoración de un plato; y la ciudad entera, rodeada de hierba escarlata, se le antojó falsa de tan perfecta. La sensación de irrealidad la reforzó el aeroplano mismo que, como un juguete, debió dar vueltas antes de tomar pista para evitar que los vientos que llegaban de la cordillera se lo llevaran por delante. Al tomar tierra, a Lomelí lo inundó la sensación, más o menos injustificada, de que llegaba a un sitio mejor del que provenía.

Su trabajo consistiría en apoyar las reuniones de una delegación del gobierno con una misión china. Pero Lomelí era ingeniero, no tenía mayor experiencia en encomiendas diplomáticas, y durante los primeros días de la cumbre se limitó a fingir, con éxito, que estaba muy atareado. Recorría los pasillos del hotel sede, arriba y abajo, con mueca de concentración y nadie lo molestaba. Los chinos, funcionarios y empresarios, conformaban una apretada comparsa de hombres con gafas, ropas impecables y gestos de desdén. No mostraban el menor interés por amistarse con sus colegas mexicanos. Eran hombres solemnes o tímidos y, de entrada, los miraron como si revisaran un hato de ganado de mala calidad.

Pero las pláticas avanzaron y el tratado, luego de tres jornadas de discusión en grupos y una plenaria, quedó listo. Si los chinos, que parecían algo volátiles, llegaban contentos a la ceremonia de la rúbrica, se dijo Lomelí, todo estaría resuelto. Como fuera, los ánimos mejoraron con el final de las mesas de trabajo y el alcohol comenzó a fluir. Los mexicanos se pidieron los primeros mezcales en la terraza del hotel sede a eso de las cinco de la tarde de un jueves, en medio de un estruendo de pájaros volviendo a sus nidos.

El maldito mezcal. Lomelí estaba habituado a ese fuego líquido

solo como remate de una juerga ya madura. Pero aquel día, en la terraza, mientras los extranjeros miraban con ceño fruncido a la media docena de funcionarios nacionales deseosos de embriagarse, descubrió que, si se esforzaba un poco más, si resistía el hartazgo por el sabor ahumado, el mezcal llegaba a convertirse, por sí mismo, en un compañero de borrachera asombroso.

Más mezcal, pues, dijo el cónsul. Lomelí hubiera preferido cerveza, mejor, para recobrar el aliento, porque el mezcal le estaba gustando demasiado. Pero ya eran las siete de la noche y los chinos mandaron decir con la traductora que también querían probar: la información turística trilingüe, que les habían dejado en sus suites, denominaba al mezcal «el néctar de los dioses» y ellos, curiosos, ansiaban echárselo al gañote. El camarero trajo una botella enorme, carísima, que el cónsul eligió de una carta tan nutrida como un directorio telefónico, y los chinos festejaron la materialización del alcohol con aplausos y risas.

—Preguntan qué es esa cosa al fondo de la botella —deslizó la traductora.

—Es el gusano. El gusano del mezcal —respondió Lomelí.

Los chinos sonrieron, excitados. Beberían un licor aderezado con bichos: cómo no hincharse de él.

—Si se ponen locos, que nos firmen ahora mismo. Y nos vamos a beber a otro lado —eso dijo el jefe de Lomelí, que encabezaba la delegación mexicana. No lo decía como broma: era un hombre menudo, exhausto y desprovisto de humor. Sabía que su misión estaba a punto de quedar completa y tenía prisa por liquidarla. En cuanto la delegación visitante firmara, solo faltaría mantenerla entretenida un par de días más. Y ya estaba previsto cómo: los iban a llevar a las pirámides. Llegando el sábado, los chinos tomarían el avión de regreso y dejarían de ser su problema.

El mesero sirvió los mezcales con unos gestos ampulosos que fascinaron a los visitantes: levantaba la botella por los aires y dejaba caer de ella un chorro potente como catarata. Los vasos burbujeaban unos segundos y, sin derrame alguno, se llenaban al tope.

—Odio estos restaurantes finos —le dijo Lomelí a la traductora, una chica sonriente y con lentes de aumento, que acababa de sentarse a su lado—. Todo lo convierten en mamada. Así no se sirve

el mezcal.

Ella se relamió los labios, nerviosa, y en vez de responder se metió un totopo a la boca.

—¡Por la amistad de los pueblos! —brindó el cónsul y la traductora se apresuró a verterles la dedicatoria a los extranjeros.

Los chinos, vestidos enteramente de blanco, con coordinados de pantalón y camisa, se pusieron en pie y levantaron sus vasitos al estilo occidental. Luego se sentaron y los tomaron con las dos manos, a la manera de su patria, y se empujaron sus mezcales. Se produjo entre ellos un «oh» unánime de placer. La bebida merecía de sobra, declaró su superior, aquel apelativo de jugo celestial con que la obsequiaba la guía turística trilingüe. Eso informó la traductora. El líder agregó unas frases más. Algunos de sus subalternos rieron y, de pronto, todos se unieron a las carcajadas, como una ola blanca y feliz que retozara en la playa.

—¿Les pasa algo? —preguntó el jefe.

La traductora era mexicana pero sus bisabuelos habían llegado al país desde Cantón. Algo oriental sobrevivía en sus rasgos, pensó Lomelí: era delicada como el personaje de una acuarela.

—Es que el término que usó el delegado también puede ser traducido como… Como… «semen».

—¿Agua celestial?

Ella agitó la cabeza para asentir.

—Dijo también algo como que ellos quisieran compartir su… Agua… Celestial… Con las muchachas de aquí… O con ustedes… Pero es broma, me parece.

Se había puesto roja. Tendría veintipocos años: aún la sorprendían las idioteces de los hombres borrachos.

—Los chinos nos están albureando, al parecer —le susurró Lomelí al jefe.

El funcionario se limitó a escuchar el dato con seriedad, como si le refirieran un obstáculo formidable.

—¿Cree que sea de manera ofensiva? —preguntó.

Lomelí se encogió de hombros. La traductora, que había seguido el intercambio, pegó un brinco alarmado.

—No, nada de ofensa. Es de modo juguetón. Cortés.

—¿Quieren que se las mamemos de modo cortés? —gruñó Lomelí.

A la muchacha le temblaban las manos.

—No. No creo que sea grosería… Propiamente…

Los chinos estaban concentrados, ahora, en la revisión del menú de la cena y repasaban, calándose los lentes, los subtextos en inglés que acompañaban las fotografías de los platillos. Parecían excitados ante la cocina oaxaqueña y acabaron por decidir que pedirían órdenes diversas de arroz con mole de colores. Y, por supuesto, más mezcales.

Mezcal, dijo el cónsul, de nuevo. Y trajeron otra botella, con su gusano al fondo, como una turbia promesa.

—Se van a pegar la enchilada de la vida —aventuró Lomelí.

—No lo crea, ingeniero. En China se come mucho picante —le respondió el cónsul, que había pasado un mes en Pekín en el año noventa y se sentía, aún, experto en los usos del lejano oriente.

El cónsul era un ancianito delgado y ventrudo. Hacía años que estaba retirado del servicio exterior pero les habían recomendado contratarlo como «facilitador» de las conversaciones del tratado. Y por eso lo tenían ahí, estilando sabiduría.

Los platillos comenzaron a aparecer a manos de un cortejo de meseros. También arribaron un arsenal de canastas de pan y tortillas y platos de quesillo servido sobre hojas de plátano y servilletas bordadas y copas para la pequeña facción de chinos que se pidieron champaña.

—¿Entonces mañana nos vamos a las pirámides? —preguntó retóricamente el cónsul y el jefe de la delegación mexicana tuvo que toser, porque él había preferido quedarse a «ajustar detalles» en el hotel sede (es decir, a dormir unas horas más antes del acto protocolario de la firma) y el encargado de guiar la expedición sería Lomelí.

—Hay un autobús oficial a disposición —susurró.

—Ah, eso es un golpe maestro. Porque nuestra belleza natural no es cualquier cosa —se alegró el cónsul.

«Las pirámides no son naturales», pensó reponerle Lomelí, pero mejor cerró la boca. La traductora debió arreglar la tontería del facilitador en su versión para los extranjeros, porque el jefe de los chinos asintió con la cabeza de modo significativo, como si se hubiera dicho una gran verdad.

—Dice que el cónsul tiene razón y que México es muy bello. Una

joya sobre un campo verde.

A los mexicanos se les llenaron los ojos de lágrimas por el cumplido. O por el mezcal. Sobrevinieron otros siete brindis. El reloj del templo sonó para marcar las diez de la noche.

Mezcal, dijo el cónsul. Mezcal.

IV

La parálisis comenzó después de que Lomelí subiera a su habitación por segunda vez en la noche. La primera fue para orinar copiosamente y con la intención de quedarse, pero luego de hacerlo se sintió bien, renovado, como para volver a la terraza. Allá, el panorama era de batalla campal. El mezcal los había destruido a todos. Los chinos reían, se abrazaban entre sí, abrazaban a los mexicanos y uno de ellos, incluso, presentó una oferta para adquirir a la traductora como esposa de un hermano suyo que vivía en Indonesia.

—Es broma, lo dice en tono de broma —tartamudeó la chica, porque Lomelí ya estaba a punto de lanzarse al cuello del delegado extranjero.

Mezcal, dijo el cónsul, y el chino se dedicó a beber más y dejó en paz a la muchacha, a la que había puesto más colorada que un camarón.

—Cabrones —recalcó Lomelí y se dio cuenta de que la lengua se le arrastraba.

La ceremonia de la rúbrica había sido programada para las doce del día siguiente, en el salón Zapote Negro del hotel, que era el más lujoso y el único con aire acondicionado. Pero el mezcal y la cháchara hospitalaria del cónsul ablandaron tanto a los chinos que su líder, de pronto, se irguió, dio una palmada y mandó traer los documentos. Ya eran las once de la noche y, empeñosamente, las delegaciones de ebrios se sentaron a firmar el tratado.

—Dice que no hay motivo para esperar. Y mañana prefiere pasarse el día en las pirámides… —explicó la traductora, con un gesto de agotamiento que Lomelí quiso interpretar como alivio.

Los mexicanos se habían quitado los sacos y aflojado las

corbatas por el calor, y los chinos lucían menos impolutos que horas antes, todos sonrojados y sudorosos. Unos y otros formaron una valla humana alrededor de los jefes para que signaran el tratado. Una ovación cerrada, con chiflidos incluidos, saludó el apretón de manos final entre los líderes, ambos muy sonrientes, ambos tratando de estrujar con más fuerza que el otro la mano del colega. Un triunfo del diálogo humano.

¡Mezcal, por favor! Eso dijo el cónsul. Parecía eufórico, con los ojos inyectados y el último mechón blanco en su frente levantado como la cresta de un pollo. Lomelí supo que el viejo volvería a la capital y actuaría ante su familia como si su dilatada experiencia hubiera sido crucial para destrabar el acuerdo. Y ellos lo admirarían porque el tipo debía ser millonario y mantenerlos a todos: hijos, yernos, nietos. Viejo pendejo, carajo.

En algún momento, la traductora se cansó de que los mexicanos y chinos le pusieran la mano en el hombro o la cadera, como por casualidad, cada que querían que vertiera alguna frase, y desapareció por un pasillo oscuro. Nadie la extrañó: ya todos se habían animado a conferenciar en pésimo inglés.

Serían las cuatro y media de la mañana cuando Lomelí volvió por segunda vez a su recámara. Arrastraba los pies. Descubrió que estaba agotado cuando, luego de unos minutos lidiando con los botones de la camisa, se dio cuenta de que ya estaban desabrochados. Se empinó un trago de agua y caminó al baño y metió la cabeza bajo el chorro del lavabo. Tenía demasiado calor. Hubiera querido saltar a una alberca pero el hotel no contaba con una o él no la había visto. Sentía el cerebro pesado, burbujeante, y las manos le respondían con lentitud, como si fueran aparejos que moviera con resortes. Se recostó sobre el cobertor de la cama, sin abrirlo, y clavó la mirada en el techo. Veía puntos de luz en la noche. Latían. Pudo dormir una hora o diez segundos: lo mismo daba. Despertó al escuchar cuchicheos y pasos en el corredor. Quiso saber de quién eran. Asomó la cara por la persiana y vio a un chino solitario, que avanzaba con dificultad y manoteaba y parecía regañar a un ente invisible a su lado. Lomelí trató de sonreír pero perdió el equilibro, dio dos pasos vacilantes y acabó de vuelta en el lecho.

Sin pensarlo, como sacudido por una convulsión, se meneó para

quitarse los pantalones. Con trabajos consiguió deslizarse de ellos sin abrir antes el cinturón. Quiso hacerlos rollo y se le escurrieron y terminó por arrojarlos a los aires. Los pantalones se estrellaron contra la persiana y una breve lluvia de moneditas cayó de los bolsillos y rodó a todas partes al golpear el mosaico del suelo. Carajo, se dijo Lomelí. Carajo. Pinche mezcal.

Cerró los ojos. Quería pensar en la traductora, sus gráciles movimientos y el susto perpetuo en que vivía, pero se descubrió recordando algo diferente: no había cenado. Totopos sueltos, apenas. Y tantos mezcales que no fue capaz de dar con el número preciso de los que había ingerido. Los que podía fijar en la memoria eran alrededor de siete. Pero hubo más, varios más, y lo sabía. ¿Once? ¿Quince? Quiso sacar una cuenta de vasos y sumarlos. Había leído sobre personajes que bebían una botella y vivían para contarlo. ¿Se habría terminado una botella por sí mismo? ¿O más?

Volvió a perder la conciencia. La recobró y aún estaba oscuro pero ya no se escuchaba el barullo que caía, antes, desde la terraza. ¿Se habrían dormido todos al fin? Se incorporó con dolor. Un pie le patinó en el mosaico pero pudo mantenerse vertical. En el baño, la tina le pareció un destino promisorio. Un baño caliente, se dijo, para el dolor de espalda, para que los vapores contribuyeran a envolver y disipar la neblina de su cabeza. Apretó el botón que decía «Hot» y eligió cuarenta grados en el indicador de temperatura. Y se sentó, desnudo, al borde de la tina, a esperar. Era una suerte que la tertulia se hubiera desarrollado en la terraza del hotel, se dijo. Así no habían debido lidiar con taxis, caminatas, la posibilidad de un asalto callejero… Tenía, descubrió entonces, despellejados los codos. ¿En qué momento había pasado aquello? La mesa donde estuvo bebiendo era de madera y él se había arremangado, como todos, por el calor. Era normal que se hubiera tallado un poco. ¿Pero pelarse los codos así? Una náusea repentina lo obligó a tambalearse al retrete. Volcó buches de un líquido traslúcido que apestaba a humo: el mezcal.

Ahora le dolían la cabeza, los ojos, el estómago y el pecho. Quería pensar en algo bueno, en la traductora, a su lado, acariciándole el cabello, pero solo podía enumerar tragos. Diez vasos. ¿Más? ¿Se habría terminado una botella él solo? Se hundió hasta la barbilla en la tina caliente. Sintió algún alivio. El peso

tremendo de su esqueleto y sus extremidades rebeldes desapareció. Se acomodó de manera que su nariz quedara lejos del nivel del agua. No quería ahogarse. «Muere funcionario en penúltima jornada de cumbre», diría el encabezado del periódico. Sus padres, al otro lado del país, estarían inconsolables. ¿Qué pasó con nuestro muchacho? ¿Cómo pudo ser? ¿Qué le dieron?

Volvió a cabecear y el agua ya estaba fresca cuando recobró el hilo de las divagaciones. El calor se había alojado en sus piernas y brazos, que le ardían como si viniera de un paseo bajo al sol. Se talló un bíceps y parecía el de otra persona. El cuerpo se me está yendo, se dijo, y le dio risa la idea. Se encimó una toalla en los hombros y salió a la recámara. Estaba mareado. No tenía ninguna gana de recostarse: temía el regreso de las náuseas. Así que se sentó ante la mesita del cuarto, con las manos junto al jarro, y apoyó la cabeza en la tabla. Los brazos le colgaban. El suelo parecía bambolearse pero debía ser su cuerpo, en realidad. Apretó los ojos. Volvió a hundirse en la oscuridad.

V

Lo despertaron los golpes en la puerta. Veía la luz entrar por la ventana, colándose por la rendija diminuta que separaba la persiana del reborde. Luz de mañana.

—¡Ingeniero! ¡Buenos días! —decía una voz que Lomelí no reconoció. Podría ser de la recamarera. O del botones. Quiso moverse pero no pudo. Le ordenaba a sus brazos y piernas levantarlo de allí y ellos se le negaban. Le dolía el cuello, supo, pero no lo sentía más que como el eco de un dolor. Ni siquiera los párpados respondían. Veía la recámara cortada, como si una cortina se hubiera quedado a medio recorrer.

—¡Ingeniero!

Lo intentó otra vez, paso por paso. Pierna, muévete. Brazo, ven. Ojo, gira. Garganta, traga. Boca, grita. Nada sucedió. Su cerebro estaba solo. Otra andanada de golpes no obtuvo su respuesta. Entren, pensó, entren y hagan algo por mí. Pero no, nadie abrió la puerta. Hubo un largo silencio. Tal vez creyeron que no estaba en la

recámara y se marcharon. Y lo dejaron allí, como un cerebro solitario. Sin físico. Sus ojos miraban la rendija de luz, un corte de pared, la persiana y el techo. Nada más. Ese era el único estímulo exterior. Trató de moverse. Fracasó de nuevo.

¿Dónde había leído aquello? En alguna parte. En uno de esos libros que se compraba para leer en la playa, cuando iba con sus padres a perder el verano a Vallarta. Un libro pequeño, pegosteoso de bronceador y arena. Por supuesto: el tipo aquel, paralizado, con la vista perdida en un gusano. Detenido, inmóvil. Un objeto, una masa. Un cerebro sin ayuda. Isador Persano, muerto en vida. Algo parecido a la angustia le tocó la mente. Pero una angustia sin estómago revuelto, sin lágrimas ni crujir de dientes. ¿Y si me quedo aquí? ¿Y si ya no me levanto? Las ideas: moscas que zumbaban. Puto mezcal traicionero, pensó. Primero se te insinúa. Luego, cuando toma el control, dejas de existir como otra cosa que no sea una garganta que pase y un cuerpo que reciba. Era el gusano, el maldito gusano. Te lo bebes y en vez de caer al estómago sube a tu cabeza y se la queda. Era él. Ya no había brazos ni piernas ni labios, ya no había libertad. Y si sus pulmones se cerraban, si su corazón se detenía, sería el fin. Quiso gritar y no pudo. Quiso llorar.

—¡Ingeniero!

Más golpes y pasos en el corredor: habían vuelto. Lomelí creyó escuchar un forcejeo con la chapa. La llave. Obvio. Había una llave de seguridad. Venían por él, benditos fueran. Claro: no lo habían visto bajar al desayuno ni ponerse al frente de la excursión a las pirámides y se habían preocupado. Hicieron las deducciones correctas. Y ahora llegaban, quienes fueran, salvadores, a dar con él allí, sin movimiento. Que entren, se dijo, que traigan a un doctor, que me inyecten algo. O me maten, al menos. Que me saquen, que me devuelvan lo que tuve o me lo quiten todo. Que me saquen de aquí. Por Dios. Odio al puto gusano. No quiero quedarme años quieto, en silencio, con él. Llévenme. Su mente se debatía más que la llave de seguridad en la chapa. Llévenme. Me duele tanto aunque no sienta, pensó. Me duele algo que no quiero nombrar. Me duele el alma.

La luz se apoderó del cuarto cuando la puerta se abrió.

VI

Estaban todos allí: la recamarera, el hombre de la recepción del hotel y el botones. El jefe, el cónsul, la traductora. Y el líder de los chinos, con sombrero de aventurero y una cámara colgada del pescuezo. Lucían expectantes. Agazapados en ellos mismos, se le acercaban.

Y todos se estremecieron cuando Lomelí pegó un grito escalofriante, como si le hubieran arrancado una espina del corazón, y se puso en pie de un brinco. Estaba desnudo, con la toalla alrededor del cuello. En el pecho lucía una mezcla de vómito, baba y sangre. Por sus mejillas caían lágrimas. Abría los ojos y la boca como si fuera un monstruo, una fiera hambrienta y las manos le vibraban. Y lo peor: su erección, pequeña, grotesca y oscura, apuntaba a los intrusos. Como si quisiera saludarlos mano por mano. Como una flecha que los señalara.

Y Lomelí volvió a gritar como salvaje y ellos devolvieron el grito, aterrados.

Carajo, dijo el cónsul. Tápese, ingeniero. Tápese, por favor.

MAÑANA

INTERRUPTOR

Soy Veintitrés, dijo Veintitrés, y el escáner de reconocimiento vocal la respaldó. Pulsé el botón apropiado, la compuerta del vehículo se deslizó y ella subió a bordo con la bolsa del desayuno que insistió en pagar para los dos. Su actitud era mejor desde que la salvé de la asaltante de cajeros automáticos. Mi intervención representó una falta al Código, porque la agente armada es Veintitrés y yo, que padezco la desventaja de haber nacido varón, solamente soy un mediador. Mi trabajo es tomar conocimiento de los problemas entre ciudadanos y coordinar su resolución pacífica. Si fallo, Veintitrés está capacitada para utilizar el paralizador o incluso, si lo considera validado por el Código y ante una emergencia indudable, el pulverizador. El interruptor de testosterona que llevo en la médula dificulta cualquier acción violenta de supervivencia y no se diga de agresión pero, en cambio, potencia la capacidad para el diálogo. Ella, por su lado, tiene autorización para utilizar fuerza letal si lo considera prudente (curiosa frase, que une el asesinato con el buen juicio).

Comimos en silencio la ración de huevo con salchicha. La asaltante había sorprendido a Veintitrés un par de jornadas atrás. Era más joven de lo que el reporte dejaba adivinar (es difícil que un reporte ofrezca exactitud, pues existen numerosas palabras prohibidas por el Código, por lo que, por ejemplo, no puede darse cabal cuenta del volumen corporal, el tono de piel o cabello o la edad aparente de una infractora) y mucho más ágil de lo que la coraza preventiva le permitía ser a mi compañera. Fingió rendirse cuando le cerramos el paso a su rueda personal, a un par de esquinas de distancia de su último atraco. La mujer extendió las manos para ser apresada pero, justo entonces, con una cabriola, despojó a Veintitrés del pulverizador y a punto estuvo de accionárselo contra la coraza. Pero los vehículos artillados que

tripulamos se llaman así por una evidente razón. Pulsé el botón apropiado y la asaltante se convirtió en mermelada de vísceras antes de desvanecer a mi compañera en los aires. Para su mala fortuna, el interruptor de testosterona envió a mi sistema nervioso la descarga que me derrumbó un segundo tarde.

Hasta ese día, mi relación con Veintitrés había sido tan mala como suele ser la que une a cada agente armada con su mediador respectivo. Tenía que soportar comentarios hirientes sobre mi papel en los conflictos diarios y las humillantes miradas que le dedicaba en las regaderas compartidas de la comisaría a mi anatomía amansada por el interruptor. Alguna vez, incluso, me pareció escuchar su voz en el comedor general, en mitad de una mesa repleta de agentes, quejándose de que le habían asignado al compañero menos hirsuto de todo el sector. Me lastimó.

Todo había cambiado luego de que mi disparo desde el vehículo artillado eliminara de la bitácora y del mundo material su error de protocolo (ser tomada por sorpresa por una agresora era una falta disciplinaria grave que, en caso de supervivencia, se castigaba con pérdida de derechos y baja de notas anuales) y borrara, de paso, a la única testigo. Aunque no hubo un agradecimiento formal (Veintitrés, sudorosa, sin expresión bajo el visor digital, se encaramó en su sitial, revisó mi interruptor, se dio cuenta que tenía un cable flojo, lo ajustó, y, satisfecha, puso en marcha el artillado antes de que pudiera yo accionar mi botón de aseguramiento, por lo que reboté contra el tablero informativo y me golpeé la cabeza), su trato hacia mí se dulcificó en las jornadas subsecuentes.

No solo comenzó a cederme el paso en la comandancia sino que me arregló la puerta del armario en que guardaba cada noche mi uniforme y que solía trabarse. Aquel desayuno, pues, podía considerarse un nuevo paso en el reconocimiento de Veintitrés de que, incluso tan manso como era, la había salvado. Me pareció satisfactorio, aunque procuré hacerme el difícil. Demasiadas historias había escuchado sobre mediadores dominados y usados como juguetes por su compañera como para confiar.

El resto del día transcurrió sin reportes de consideración. Como siempre, alguna anciana neurótica consignó a un hipotético varón sin interruptor suelto en los parques cercanos a su propiedad y, como siempre, resultó ser un perro escapado de un jardín. No hay

en la ciudad, hasta donde sé, un solo varón remiso. Los hay en el mundo, sí, pero lejos, al otro lado del desierto, en poblados de casuchas gobernados por fanáticos. Pero en esta ciudad rige el Código y cada varón lleva su pertinente interruptor. Gracias a ello la violencia se ha mantenido en niveles aceptables durante decenios.

Estaba de frente al chorro tibio y constante de la ducha cuando sentí las manos de Veintitrés en mi torso y mi trasero. No las esperaba. Ella previó mi reacción y me tapó la boca antes de que consiguiera emitir un grito. La mayoría de las vigilantes del cuartel se hacen las sordas cuando un mediador es tomado por su agente, según había oído, pero era probable que un buen berrido hubiera conseguido alertarlas de mi situación. Veintitrés era una mujer muy fuerte y estéticamente admirable: labios pequeños, nariz menuda, ojos de color miel, melenita y piel cubierta por un finísimo vello que sentí tallarse contra mi espalda. A ver si eres tan manso, gruñó en mi oído. Me sentía ahogar con el agua golpeándome y escurriendo y mi boca y nariz cubiertas por su mano. Pensé en refugiarme en el desmayo. Ya me ocuparía después de cubrirme los moretones y rasguños y de remediar las predecibles lastimaduras.

Veintitrés tenía otra idea. Acariciándome la base del cuello con suavidad, desconectó el interruptor de mi médula. Aquello no era sencillo: había que conocer el mecanismo para conseguir que el microcable perdiera contacto con la base sin desprenderse. Fui empujado hacia el muro de la regadera. El agua, sentí, había subido de temperatura. El vapor comenzó a envolvernos. No eres tan dócil, rio Veintitrés, deslizando su mano con violencia por mi vientre. Querías esto, lo sé, me aseguró. Mis rodillas, a la larga, dejaron de temblar.

Regresé a la comisaría por la madrugada y la encontré al pie del vehículo artillado. Desencajada, con el visor digital en las rodillas, Veintitrés observaba los reportes que se acumulaban en la pantalla de su comunicador. Sus pupilas se agigantaron cuando me vio. Aplasté a los putos bichos. Pobres bestias truncas. Los aplasté. Eso le dije.

Le tendí el pulverizador. Lo recuperó con mano incierta y lo introdujo en su funda. Eso le devolvió el valor. Se puso de pie, enfrentándome. Me envolvió como para abrazarme. Lo que hizo fue

devolver a su lugar el cable del interruptor. No sentí nada: la oleada había pasado. Veintitrés me golpeó el rostro cinco o seis veces. Luego me disparó. Caí. El paralizador detiene las funciones motrices pero no suspende la conciencia. Sentí que me retiraba la coraza y el visor digital de repuesto (suyos, claro) y borraba la memoria de ambas piezas. Entonces, con severidad, se encargó de pulverizarme los dedos de la mano izquierda.

¡Mi mediador llegó herido! Eso le bramó, mentirosa, a la pantalla del comunicador. Sí, estamos colapsadas de reportes, le respondieron. Un agresor no identificado entró a la barraca de mediadores y disparó. Pulverizó a unos y dejó mutilados muchos más. Al mío le volaron unos dedos. Llévalo a Sanidad. Al menos podrás seguir utilizándolo.

Veintitrés me arrastró al vehículo artillado y, auxiliada por el sistema de grúa de urgencia, logró elevarme a mi sitial. Nunca creí que mi compañera fuera de la clase de persona que llora, pero unas lágrimas frías le bajaban del rostro. Tuve que volarte esos dedos o habrían sospechado. A mí, sinceramente, no me importaba. La interrupción había devuelto a mi organismo su habitual serenidad y consideraba la amputación una consecuencia de los azares de la jornada de trabajo. Me gusta mi nombre, confesé con labios inmóviles. Era cierto. Uno-Cero-Cuatro, me había llamado ella mientras la tomaba en el suelo de la regadera, en vez de cerdo, bicho, bocón, esas cosas que nos dicen a los mediadores.

En Sanidad me recubrieron las heridas con gel y programaron mi cirugía de adaptación de prótesis. En mi calidad de víctima tuve que rendir testimonio ante un recopilador de datos, un tipo mínimo, indiferente, desdeñoso, al que era de esperar que ni siquiera hubieran debido instalarle un interruptor para convertirlo en eunuco. Veintitrés me esperaba junto a las compuertas de nuestro vehículo artillado. Todo bien, le dije, la grabación del asaltante muestra a un tipo indistinto, con piezas de ataque y defensa robados a alguna agente, que masacra a unos mediadores en pijama. Si no regresa esta noche van a desactivar la alerta.

Iniciamos la ronda matinal. ¿Uno-Cero-Cuatro?, carraspeó ella un par de horas después. Me volví hacia su voz. Ella no me miraba. La próxima vez que te retire el interruptor para mi uso personal, vas a tener un pulverizador apuntándote a la cabeza y te la arrancaré al

menor gesto. Como quieras. ¿Lo estás entendiendo? Como quieras. Si hubieras disparado contra cualquier otro, mujer, perro, ardilla, rata, te estarían cazando en este momento. No vas a hacer algo así nunca. Nunca. ¿Lo entiendes? Nunca más.

Quise sonreír pero el interruptor hizo su trabajo.

Me sumergí en la paz.

ANTONIO ORTUÑO nació en Zapopan, Jalisco (México), en 1976. Ha publicado cuatro libros de relatos: *El jardín japonés* (2007), *La Señora Rojo* (2010), la antología personal *Agua corriente* (2015), *La vaga ambición* (2017), con el que obtuvo el V Premio Ribera del Duero y el Premio Bellas Artes Hispanoamericano Nellie Campobello, y *Esbirros* (2021). También es autor de las novelas *El buscador de cabezas* (2006), *Recursos humanos* (2007), *Ánima* (2011), *La fila india* (2013), *Blackboy* (2014, con el seudónimo «A. del Val»), *Méjico* (2015), *El rastro* (2016), *El Ojo de Vidrio* (2018) y *Olinka* (2019). Fue ganador del Premio de la Fundación Cuatrogatos, de Miami, al mejor libro juvenil por *El rastro* (2017) y finalista del premio Herralde de novela (Barcelona, 2007) por *Recursos humanos*. Ha sido traducido a diez idiomas. Actualmente es columnista de la edición americana del periódico *El País*.